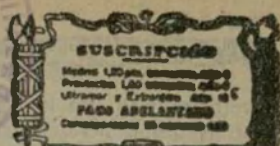


El Motín



Año XXXIII.-Madrid, Jueves 9 Octubre 1913.-Número 41.

SUSCRIPCION
MADRID, 1913
BUENOS AIRES

ALMANAQUE cómico DEL CARLISMO para 1914

En la semana próxima se pondrá á la venta.

PRECIO: UNA PESETA.

EXPLICACION

Empeñado yo en dar á conocer á mis compatriotas el carlismo en todos sus aspectos, en este libro se lo presento bajo el cómico.

¿Casas realmente las palabras *carlismo* y *cómico*? No. La una despierta la idea de lo bárbaro, lo cruel, lo macrabo, y la otra la de lo ameno, lo plácido, lo alegre. Mas como no he encontrado, aún habiendo pensado en ello mucho, un título que sintetizara fielmente el contenido de este tomo, he optado al fin por el que lleva, á pesar de que resulta incongruente.

También he vacilado en si poner ó no mi nombre al libro, y he acabado por no hacerlo: podrían haberme procesado con arreglo á la ley de propiedad literaria, por que realmente no es mío. Este es precisamente su mérito. El libro es original de varios honrados é indiscutibles carlistas, que en libros, folletos, memorias y documentos oficiales pintaron al vivo las siniestras cuanto grotescas figuras de aquellos á quien durante el siglo pasado llamó reyes la ignorancia espolcada por el fanatismo religioso.

Yo solamente he sido el rebuscador y recopilador de los datos y los juicios que legaron á la Historia aquellos hombres, que bien pudiéramos llamar evangelistas del carlismo, porque vinieron al lado de cada pretendiente, por él lucharon y sus necesidades y sus infamias vieron.

Por esta razón, si el libro alcanzare el éxito que merece por lo sincero y bien documentado, no seré yo quien reclame parte alguna en los elogios: corresponden por entero á los que, españoles antes que carlistas, dignos antes que aduladores despreciables, protestaron severos y á gritos de la conducta falaz unas veces, ridícula otras, y canallesca siempre, cuando no hipócrita, cuando no villana, de aquel par de degenerados con corona de talco.

Ni del uno ni del otro se recuerda un rasgo delicado, noble, generoso, ni una frase que revele exquísitez de espíritu, grandeza de pensamiento, pureza de sen-

timientos. Todo en ellos fué mezquino y sucio, rufianesco y alevoso. De aquí las protestas de los hombres verdaderamente dignos que al carlismo fueron, ya por convicción arraigada, ya por compromisos de familia, ya por quijotismo aventurero; que de todos hubo en ambas guerras.

Mas volvamos á lo del título, que no es esta ocasión oportuna para juzgar á esas dos notabilidades en el arte de la estultez maliciosa y la cobardía traicionera, y que sólo tuvieron una cualidad á la altura de sus pretensiones: la ingratitude. Hay que hacerles esta justicia.

Para justificar algún tanto el título de *Almanaque* que el tomo lleva, he colocado á modo de Santoral los nombres de los cabecillas más renombrados que he podido capturar en la *La Gaceta oficial* y periódicos de 1833 al 40 y de 1872 al 76, sin creer que publico ni la mitad siquiera: tantos fueron.

Si; en ese Santoral de criminales (tampono casan esas dos palabras, pero las dejaré juntas, por ir á la moda del día; esa moda que hace sinónimas las de Monarquía y Democracia, Religión y Negocio, Honradez y Explotación, Libre-pensamiento y Catolicismo) faltan muchos nombres; unos, por la ingénita modestia de cuantos al robo y al asesinato se dedican, que les impide vanagloriarse de sus hazañas; otros, por que hay algo más imposible que contar las estrellas del cielo, y es saber el número exacto de cabecillas, ora desarrollados, ora en estado de canuto, que se echaron al campo en las dos guerras. A menudo se encuentra uno con noticias de este corte: «En la acción tal, murieron ocho curas y tres frailes». Y échele usted galgos á sus nombres. Y lo mismo que en el *cabecillaje* eclesiástico, ocurría en el seglar: á lo mejor un cañonazo liberal daba cuenta de diez Cabrerías incipientes ó veinte Saballs en la lactancia.

Y habiéndome hallado, al hacer este trabajo, con la misma dificultad que la Iglesia católica se encontró al catalogar sus mártires, y la que orilló diciendo: «*Las once mil vírgenes*», «*Los innumerables mártires de Zaragoza*», «*San Fulano y compañeros mártires*», supongo que nadie llevará á mal que yo la limite en esto, subyugando mis omisiones de este modo.

«*Los infinitos ladrones en cuadrilla*», «*Los incontables asesinos ortodoxos*», «*San Cucala y compañeros de bandidaje*».

Creo que, una vez leído lo anterior, no habrá quien sospeche que he enjaretado este *Almanaque* con el propósito de buscar renombre y fama, si no con el de patentizar el que alcanzaron y la que me-

recieron los carlistas que legaron á su patria el tesoro de sus opiniones y juicios sobre los dos hombres que han simbolizado mejor en España las iniquidades y crímenes del pasado.

Resumiendo:

Todo cuanto va en este *Almanaque* de origen netamente carlista. Lo único de otra procedencia es la parte gráfica. Antojóseme que amenizaria sus páginas reproduciendo algunas de las caricaturas publicadas durante la guerra última en los periódicos liberales, y elegí las que mejor me parecieron de los titulados, *Feremias*, *Gil Blas*, *La Flaca* y *Cañón Krupp*, caricaturas que, unidas á otras que se exhibieron por aquel entonces en las cajas de cerillas, llegan al número de sesenta.

Si al contemplarlas se sonríe el lector, habré realizado una obra buena: hacerle olvidar por un momento la realidad de la guerra con Marruecos y la perspectiva de la bancarrota. Y si al leer el texto se indigna, habré realizado otra mejor: obligarle á pensar que, hasta que, no acabemos con el clericalismo, apoyo y sostén de esa familia de histriones sangui-narios, no tendremos en España ni paz, ni pan, ni honra.

JOSÉ NAKENS

6 Octubre 1913.

ADVERTENCIA

He llevado cuatro días en cama intoxicado de yodo, por una burrada mía. Me ha curado mi amigo el doctor Valdivieso, mas hoy, lunes, todavía me encuentro un poco tenguengue.

Pey Ordeix está en el Congreso Libre-pensador Internacional en Lisboa.

Por esta razón, ni he contestado en este número á Morato, como le ofrecí, ni me he ocupado de los asuntos ocurridos durante los últimos días de la última semana. Lo haré en el próximo.

LA REPUBLICA MARTIR

Hay junto á España una República mártir, que se nos ofrece como ejemplo heroico. Y nosotros, que tenemos nuestro santoral, queremos escribir un sermón apologético de esa valiente nación, hoy, tercer aniversario de su libertad.

La República portuguesa es una especie de milagro. Todo su prestigio á los ojos de un verdadero liberal, nace de su

inverosimilitud. En la historia, será un caso de desorientación para el frío positivismo aficionado a estudiar en la evolución de un pueblo los grados lentos y penosos de cada ascenso. La República de Portugal es, en cuanto a lo que diríamos *especies nacionales*, un salto hacia delante que habría encantado a Hugo de Vries. Lo que más exalta la irritación de los adversarios es precisamente la franca y decidida *imprudencia* en la implantación de las reformas inherentes al cambio de régimen; la magnífica insensatez con que se operó la subversión. Es que la República de Portugal ha sido realmente revolucionaria y no ha continuado bajo nuevas formas el régimen antiguo. Ha habido, en fin, un pacífico y generoso jacobinismo, una juventud dictatorial encarnada, sobre todo, en el admirable Alfonso Costa, una oligarquía intelectual como no soñaron los más utópicos de los inventores de nuevas constituciones.

Contra la Revolución francesa, el mundo antiguo se levantó en armas en torno del núcleo cohesor de la solidaridad entre los monarcas. Contra la República portuguesa se ha levantado otra cruzada más vil y más insidiosa: un tejido de calumnias como no podía inventar el Don Basilio de Beaumarchais, símbolo genérico de la estrategia eclesialística. El ejemplo de Portugal era una piedra de escándalo en el mejor lugar de las burguesías reselladas en el régimen monárquico, traidoras a su madre la Revolución. Por esto, todas las afectadas indignaciones farisaicas se sublevaron contra ella, todos los fatalismos de la política, de la sociedad y de la banca. Un día, en la frontera gallega, llamó a su puerta el espólón de brigante del famoso Palva, y ninguna voz contestó a la invitación. Otro día, cuatro aventureros invadieron el territorio libre, y, sin esfuerzo, fueron arrojados en pocas horas.

Pero en donde se muestra la alteza suprema de la conducta de Portugal es en la serenidad, sangre fría y piadoso desprecio con que ha ordenado la represión judicial de las revueltas monárquicas.

Comparado con la truculencia de nuestra prensa derechista en cuanto a los republicanos, y veréis toda una escala de valores de ciudadanía.

Fantásticamente me acude a la memoria para cerrar aquella salutación, especie de brindis a la joven República, el recuerdo de un sueño de viaje. Era en Toledo, sobre el puente de Alcántara, entre la visión del castillo de San Servando y la de la ciudad imperial que se yergue como un oasis en la llanura impía.

Un río bajo un puente, tiene siempre una sugestión sin fin como la corriente misma. El agua se lleva el pensamiento como una flotante caricia, como un despojo de humanidad. Un río guarda siempre algo de su origen divino, de su majestad de Dios, de cuando era el camino de las glorias de las civilizaciones y también de las matanzas patrióticas y suaci-

taba las ciudades en los rincones de selva virgen como una fecundación de la ribera.

Ante el Tajo pensaba yo: «He aquí un río que une las dos ciudades más representativas de Iberia; dos símbolos: Toledo, Lisboa; las dos metrópolis en donde se encarna hoy la antinomia más fuerte de la raza ibérica, los dos puntos extremos de la comunal evolución. Pero no une lo que no puede unir, las dos humanidades irreconciliables que se representan en las metrópolis enemigas. Catedral primada de catolicismo una de ellas, especie de Roma hispánica, rica de su doble tesoro tradicional de un imperio y de un pontificado, gloriosa de su aire abito de tañidos de campanas y ecos de procesiones, de su tierra en donde las bellezas del arte son como flores sobre la roca durísima de una enorme histeria, y gozosamente loca la otra de su nueva categoría de juventud, como de una gran estridencia de clarín matutino, como de un formidable estrépito de catedrales que se derrumban... ¿Y cómo no pensar que en la corriente de este Tajo que avanzaba rápidamente hacia las tierras en donde volverá, había un símbolo del camino mismo de España desde el pasado al porvenir, entre sombras de claustros y terrenos yermos?»

Habríais dicho que el río volvía a ser lo que fué en los tiempos prehistóricos y recobraba su categoría de dios conductor de humanidades.

GABRIEL ALOMAR

SUICIDIO DE UN CURA

El caso no es nuevo: ha tenido ya numerosos precedentes, aunque los creyentes ingenuos no puedan habituarse a la idea de que un sacerdote corte voluntariamente el hilo de la vida, sabiendo que comete un pecado gravísimo que le destierra del paraíso y le sumerge en las olas de fuego del infierno Y, sin embargo, se matan. Hace pocos días, en Barcelona, en una vía apartada de la gran ciudad, de noche, el sacerdote D. Fermín Catalán Ayestarán se pegó un tiro quedando muerto en el acto. Se mató vestido de paisano, con zapatos de clérigo, y dejó escrita una carta dirigida al juez en la que le decía que las tribulaciones, la miseria, y las entrañas de piedra del obispo le obligaban a matarse. ¡Tenía treinta años!

Este infeliz había venido a verme y no me halló en casa; al día siguiente se mató. Los periódicos le dedicaron una breve gaceta, y los primates del clero barcelonés siguieron digiriendo tranquilamente sus copiosos yantares; el obispo Laguarda, que no puede comer por la enfermedad terrible que atormenta a su estómago, escuchó impasible la noticia en aquel despacho que todavía llena de horrores y de odios la sombra funesta de Morgades.

El suicidio del cura Fermín no es un suceso vulgar: Barcelona alardea y lo es, de ser católica y clerical a macha martillo (alguien la ha llamado emporio del clericalismo); en ella se alzan más de quinientos conventos suntuosos, sus calles son un hormiguero de frailes y monjas ahitos; los tiempos de Felipe II y Carlos II no completaron una exuberancia monástica como la actual, y sin embargo, en medio de tanta religiosidad como supuran los pozos de la grande orbe, entre tantas damas *catequistas*, caballeros de *la vela*, y jóvenes cofrades de ambos sexos, el hambre corroe las entrañas de un cura, grita y no lo oyen; pide perdón y misericordia, y su prelado le hace una mueca de grotesco desdén y de asco, y vuelve con ansia sus ojos hacia los venustos efebos de su corte episcopal.

En medio de la plétora de pietismo, de gazmoña devoción que inunda a Barcelona, los curas se matan porque su pastor no tiene para ellos un mendrugo de pan ni una mirada de misericordia.

Lo vengo diciendo hace mucho tiempo, y al final resultará profeta: esos clérigos barceloneses que recorren las calles pidiendo limosna no son todos candidatos al suicidio, aunque sí lo sean de la desesperación. ¿Quién le dice al señor Laguarda que uno de ellos no se convierte un día en asesino?...

Prat se resignó a morir en la oscuridad envuelto entre las amargas hieles del despecho y de la injusticia; Serrat pasea por las calles sus harapos sacerdotales con el odio en su corazón; Regino Saenz, enfermo y desvalido, acaricia ideas de venganza; otros lloran su suerte maldita mientras execran con estériles apóstrofes a sus verdugos; otros se someten por cálculo como el desdichado Ardieta, y no falta quien pone el punto final como Fermín Catalán con una cápsula redentora. Pero esto no es suficiente para que estén tranquilos los que siembran vientos y tempestades. Uno de estos curas acosados por la jauría de los validos de Laguarda me decía:

—Que tengan cuidado, que no todos se resignan a morir como D. Fermín, haciéndoles más expedito el camino... Quizás alguien se lleve por delante a su verdugo, y después ya veremos...

Señor Laguarda, obispo de Barcelona: aunque usted y yo no seamos buenos amigos por haber yo tenido la audacia de que la verdad llegara algunas veces a sus oídos, escuche estas palabras:

Usted tiene ya colmadas las dos pasiones principales del hombre, que son la vanidad y la avaricia: joven, adulado, lleno de honores, con la bolsa bien repleta, rodeado de lujo y de fausto, tiene usted una obligación especialísima de ser bueno y misericordioso, aunque nada más sea por esa ley moral que hace que la felicidad sea difusiva. Corte de una vez esas odiosas persecuciones de que son víctimas tantos sacerdotes en Barcelona; considere que la sangre de D. Fermín está pidiendo venganza delante de Dios;

que quizás esa púrpura que tanto ambición sea muy distinta de la que espera... No olvide que á veces hasta las burras de Balaám profetizan...

FRAY GERUNDIO

PERO...

Bien ou mal, nous avons célébré Rousseau, nous allons célébrer Diderot, et nous «entreposons» Emile Zola?

Quand dressons-nous sa statue?

Pourquoi lanterner, tergiverser, temporiser?

Avez-vous honte de lui?

Dites-le!

Avez-vous peur de lui?

Dites-le!

Avez-vous peur de ses ennemis?

Dites-le! Dites-le!

Dites-le!

MARCEL SEMBAT

Si yo fuera amigo personal de M. Paul-Hyacinthe Loyson, á cuyo padre le preocuparon grandemente las ideas redentoras de España—noticia fresca para la inmensa mayoría de los españoles—, permítilame decirle que no hay, en realidad, razón alguna para hacer manifestaciones en honor de Zola, y que de tal honor, tributado por unos cuantos pensadores sinceros, como el Sr. Loyson, resulta siempre un deshonor público para aquel gran ciudadano, porque lo llevan y lo traen y amancillan sus estatuas, si no lo gran derribarlas, sus enemigos.

Prueba al canto: con motivo del reciente Congreso de las Juventudes laicas, de Francia, el Sr. Loyson tuvo la idea de ofrecer una palma de plata á la estatua que Constantin Meunier hizo en honor de Zola, y que no habiendo hallado todavía sitio donde ponerse en París, con ser tan grande, rueda de Ceca en Meca por los rincones del Grand Palais. El señor Loyson dió aviso de la visita á quienes correspondía recibirla; pero como si no... Al presentarse la piadosa peregrinación supo por el conservador de aquel monumento nacional que no tenía noticia alguna de la estatua del autor de *J'accuse*. De todas, absolutamente de todas las demás, sí sabía; pero de la de Zola, ni palabra. Ya se ve; ¿quién pensaba en eso?... Para tropezar con ella se han tardado tres días, buscándola y rebuscándola como si se tratase de un trasto viejo é inservible, y, al fin, la descubrieron en las catacumbas del Grand Palais, arrinconada detrás de unos yesos, polvorienta y mohosa, sólo conocible en sus ojos de infinita tristeza.

—Allí la tenían prisionera los militaristas y los clericales—dicen hoy los periódicos librepensadores; y se piden sanciones, y se vuelve á preguntar qué hace la estatua en las catacumbas, y por qué no se la saca al aire libre, al sol, en un sitio público de París.

Pues yo le voy á decir por qué al señor Loyson. No se tiene al aire libre, al sol, la estatua de Zola, porque París no la quiere. ¡No, señor; París no quiere á Zola! Y Francia, en su inmensa mayoría

de habitantes, no quiere á Zola. ¡No, señor; Francia no quiere á Zola! Esta convicción mía, profunda, se ha formado oyendo á unos y otros, pertenecientes éstos y aquéllos á todas las clases sociales de Francia. Sin duda el actual momento político, cuando el militarismo, con base de desquite ó *revanche*, ha vuelto á gallear, y el clericalismo se cuela en los alcázares como en las chozas, no es propicio á glorificar la memoria de Zola, tanto más cuanto que se invoca al mismo tiempo una protesta contra el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con el Vaticano y el restablecimiento del Concordato, y una manifestación en favor de la supresión progresiva de los ejércitos permanentes y su reemplazo por milicias.

Pero prescindiendo de la política, de la influencia radicalísima que tuvo en la misma *el acto*, nacional é internacional, del *J'accuse*, Zola no es persona grata en Francia, y menos aún en París. Porque los *Rougon* son literariamente un *J'accuse* diluido en cuarenta y tantos volúmenes de psicología de un país, y el país no los perdona, alegando, con Maurice Barrés, que no era francesa el alma de quien los escribió. No se niega ya, á través del tiempo, la exactitud de la documentación de aquellas páginas gloriosas. Lo que se hace es negar en absoluto la conveniencia nacional de haberlas escrito. Hay en el corazón de Francia un rencor sordo contra la pluma que le hizo llorar y sangrar, y ese rencor se superpone á todo. Esa pluma es nacionalmente antipática. Por eso, al llegar la estatua de Zola á orillas del Sena, la Junta de inmigración la calificó de *indésirable*. El zolismo en Francia es una minoría, y hasta los más fervientes admiradores de este hombre verdaderamente grande en el mundo, al ensalzar sus muchos méritos añaden un pero. Era, dicen, un gran literato, un gran carácter, un gran ciudadano; pero... Ese pero es la conciencia nacional. Ese pero es el resultado de los *Rougon*.

La estatua de Zola no estará en la plaza de la Concordia; pero París la tiene sentada en el estómago; y hay que preguntarse, señor Loyson, si una minoría insignificante, por el número, tiene derecho á imponer el culto de un hombre, por glorioso que sea, á un país cuya inmensa mayoría no lo quiere, entre otros motivos, como el señalado más arriba... porque en el corazón de Francia, á pesar de sus admirables revoluciones, siempre estuvieron de pie un militar con un sable y un cura con un hisopo.

LUIS BONAFoux

Trofeos del catolicismo

A blancos y á negros

Ante el suicidio del Presbítero Ayestarán.

Señores obispos, cuentacorrentistas de los bancos, cortadores de cupones que no

heredasteis de vuestros padres ni ganasteis con el sudor de vuestras frentes:

Abades, priores y jesuitas, cabildadores de monopolios, explotadores de negocios y de la beneficencia, místicos farsantes de la religión:

Yo os saludo, y os presento en una mano la bandeja con la cabeza del niño de Huesca, y la otra con la cabeza del suicida P. Ayestarán.

Yo os saludo y os admiro, genios malhechores del bien, industriales de la fe, simoníacos de la conciencia:

Yo os admiro, por la sabia organización que os habéis dado y que ha llegado al siglo xx vigorosa y pujante, defendida por los Estados que prohíben en sus códigos la estafa, patrocinados por los tribunales que se dicen creados para sostener la justicia, y tolerados por una sociedad que se cree honrada.

Vuestro hermano en Cristo, vuestro hijo de paternidad eclesiástica, Fermín Ayestarán, se ha suicidado. Se ha arrojado de cabeza en el Infierno: ha ido á buscar en el reino de Satanás la fraternidad, amor y paz que le han negado el Estado y la Iglesia cristiana.

El progreso del cristianismo es evidente. *Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera. Su redención queda consumada.* En su tiempo se suicidaban los Judas del apostolado, los apóstoles expendedores de la carne de Cristo. Ahora, ya no son los Judas traidores los que se suicidan: sino los otros.

No se suicida el Papa, ni el cardenal; ni el obispo, ni el general, ni la abadesa: son los otros: el P. Peters, la monja Jerónima de Barcelona, el colegial agustino de Valladolid, el P. Ayestarán, de cuyas bolsas se apoderaron los apóstoles Pedro y Pablo.

Se suicidan y ahorcan, por no haberles dejado otro camino sus hermanos de apostolado: vosotros, pastores y maestros de Israel, vicarios del Altísimo, pontífices de la Iglesia, lumbreras del mundo...

Está visto: la Redención es un hecho.

En la cumbre del Golgota habéis fabricado vuestro gran hotel y casa de contratación. De la piel de Cristo habéis hecho tamboril de vuestras danzas: sus huesos los remitisteis al cielo para que su imaginación no os estorbe en la tierra. Su túnica inconsútil es la bolsa del dinero. De su cruz habéis hecho estacas, para aplastar al rebelde; de sus clavos, espadas para los requetés: de las espigas de su corona, puntas de saeta y anzuelos...

¡Oh, sabios de Israel!... Vuestro saber no tiene límites. ¡Danzad, danzad, sin descanso! Jubileos, peregrinaciones, congresos, coronaciones... ¡danzas católicas agotadoras del repertorio de la diversión profana... adelante!

Ayestarán se ha suicidado: puede el baile continuar.

**

Los escándalos se van repitiendo.

Ayer Prat: hoy Ayestarán: anteayer Martinon. ¿Mañana, quién?

La lista de candidatos al suicidio que

obra en la mesa en que escribo, es no corta. Religiosas, párrocos, beneficiados, legos y hermanos... de San Juan de Dios, agustinos, capuchinos, franciscanos, jesuitas, ...de todas castas y de todas las escuelas.

Todos vienen con el mismo problema.

Y á todos doy la misma solución: ¡El suicidio! No tenéis más camino: el Estado y la Iglesia se han concordado, y con ellos las minorías y partidos de oposición, prensa y costumbres, altos y bajos.

O locos, encerrados como Verdagner; ó mendigos, como Rojas y Serra; ó aislados astrosos como Ardieta; ¡elegid, sacerdotes de Cristo! Esta es vuestra nencia: esta es la *orden sagrada* y el *sagrado orden* establecido.

¿No tenéis valor para mendigar? ¿No halláis trabajo dónde ocuparos? ¿No os acomodáis á pasar por locos sin serlo, ni á encerraros en la cárcel-asilo, como criminales?

Pues... ¡audacia... andad!...

Acudid á las autoridades, y os responderán: «Nada tenemos que ver contigo: ve al Nuncio.»

Id al Nuncio, y os saldrá el portero, que os dirá: «El Nuncio no recibe tales embajadas.»

Diréis: «soy español... Padre Estado...»

Y el guardia y el juez os llevarán á Clemenzol, donde trabajaréis en trabajo forzado para lucro de frailes.

Diréis á la Iglesia: «¡Madre santa!...

Y el cocheró dará un trallazo á los caballos del coche para que avancen, otro á vuestro rostro para que os quitéis del arroyo, y antes de dar el segundo grito caeréis aplastados por las ruedas del carruaje.

Diréis: «soy hombre... ¡Humanidad!...

Ahí duele precisamente, ahí.

Hubiérais nacido mulos y asnos, y hallaríais alguien que alquilase vuestros músculos. Pero... ahora sois menos que eso.

Fuéis perros, y el duque os admitiría á su mesa, y la marquesa en su otomana. Pero... ¡sois menos que perros!

Fuéis tigres, leones ó lobos, y podríais esperar de la humanidad una celda y ración en el parque zoológico. Sois menos que eso... Menos que el oso que anda por las calles; ¡ni eso! ¡ni eso!

La humanidad tiene sociedades protectoras de animales y plantas; pero no la tiene de curas fracasados.

No tenéis especie en la tierra: sois *parias* en todas partes: entre los hombres por ser curas: entre las fieras por ser hombres.

Vuestra especie está en el otro mundo.

Entre los fracasados y vencidos: entre los arrojados de la vida: el infierno es la de los vencidos.

¡Allá, allá tenéis vuestros padres y hermanos! El cielo y la tierra son de los vencedores, de los fuertes, de los astutos: son de los hombres zorros; de los hombres lobos; de los hombres-reptiles; de los hombres-asnos á lo más hasta de los hombres-borregos, mientras su pellejo no hace falta al pastor.

Nada de esto sois: quedásteis descasados.

Nacisteis en la madriguera del zorro y del oso: allá os matriculásteis: aquello aprendisteis... ¿os despojáis de la piel de zorro y de la gracia del oso?...

¿Y á dónde vais con esa desnudez?

¿En busca de los hermanos? ¿En busca de los hombres?

—No los busquéis: no existen.

Los que en el transcurso del tiempo nacieron, fueron expulsados de la tierra; *homicidas* los unos: *suicidas* los otros. Los que por acá andáis aislados y extraviados, seguís el mismo camino...

Unos, habéis recorrido cien metros; otros, cien kilómetros; pero en el mismo cruce.

¡...!

Y si un día os contáis y os juntáis, y acordáis una acción común, y concentrada... ¿qué pasaría aquí? ¡Oh, amigos: con eso demostraríais que sois hombres y que la razón os sirve de algo!

Pero... ¡no! no lo haréis. Vuestra razón sólo os servirá para conocer la sinrazón de los demás, y esta es vuestra sinrazón precisamente.

No lo haréis. Y con esto demostraréis que no sois hombres todavía, ni capaces de serlo... y por esto iréis al suicidio estéril para los demás, escarnecedor para vosotros mismos, y lisonjero para esa Iglesia y Estado concertados á quienes evitáis el trabajo de mataros. Sois necios aun en el suicidio, con el cual no sabéis negociar. Os suicidárais en la catedral, en plena solemnidad, ó en plena procesión jesuítica, y vuestra muerte serviría de algo.

¡Necios... necios! No aprendisteis á vivir ni á morir. Estériles en vida y en muerte... No habéis sabido constituir familia: aun vuestra muerte derrocháis inútilmente para la familia humana...

¡Oh santa Iglesia de Dios! Quien fuese Chateaubriand para cantar esta belleza!

S. PEY ORDEIX

Pascua de liberación

Oí que daban horas, horas... Tendido en la cama, inerte y supino, con los ojos fijos en el techo de la celda, parecía un cadáver en espera de sepultura.

Llevaba más de cuarenta días de cautividad, de modular querellas y nostalgias, de respirar un aire pantanoso, de no ver el sol más que á través de un cedazo de hierro. Por fin, aquella tarde, al despedirse, me habían dicho besándome los mios: «¡alégrate, mañana saldrás de la cárcel!».

Yo, desconfiado de mi fortuna, excéptico en la verdad de las promesas seductoras y halagüeñas, incrédulo de mi propio bien, casi no acertaba á dar fe á los que me habían brindado para el día siguiente tan gran tesoro de albricias, de dulzura de alborozo, de emoción y de sonrisas. Y en vez de pensar en el amanecer inmediato, en el mañana próximo, en las horas que me traían tan pesada carga de fiestas y de venturas, pensaba en el día en que entré en la cárcel con la cabeza hinchada, borracha y desvanecida de orgullo y el cuerpo

doblado y transido de abatimiento; en el día en que me vestí aquel terrible traje de piedra, según la frase de Jagot; y en vez de acordarme del hogar que me aguardaba con una impaciencia pudorosa, animada y viva, no podía apartarme de la mente la imagen de aquella casa espantosa que respiraba angustias por todas sus ventanas y que tenía grabada en cada sillar una fecha aciaga ó un signo de estación de viacrucis ó un ¡ay! clavado en las puntas de las espadas de sus admiraciones; de aquella casa espantosa en la que he visto de una vez tantos dolores, que he quedado triste para toda la vida; y en lugar de dirigir el raudo vuelo de mis ansias y los dardos ardientes de mis suspiros hacia los seres que me habían sido arrebatados y que iba pronto á recobrar y rescatar, hacia los brazos de los camaradas leales que habían cumplido escrupulosamente el precepto de San Pablo en su epístola á los hebreos: «acordaos de los presos como presos juntamente con ellos», y hacia el amor de los que me traían en las manos y me daban á comulgar cada mañana su corazón, me acordaba de aquellos miseros que iba á dejar dentro de poco: un pobre viejo arterioesclerótico; un ruñancete idiotizado por un contagio venéreo; un muchacho pequeño, lamido, de oficio ladrón, buen amigo mío, y tantos otros.

Agitando estas quimeras en mi cabeza, se me puso fosca y se me ensombreció el alma. ¡Cuarenta días preso! ¿Qué son cuarenta días para los diez y ocho años que pasó aquel trágico Dr. Manette de Dickens en el calabozo número 105, torre del Norte, de la Bastilla, ó para el tiempo que estuvo en el «bagne» aquel desgraciado Juan Valjean, de Hugo, el número 24601 del presidio de Tolón, que cuando le remachaban la bala de la cadena, decía llorando: «yo era podador de Faverolles», ó para los diez años que le transcurrieron á Silvio Pellico en los sótanos de Espelberga, ó para los cinco que gimió en la isla del Diablo Alfredo Dreyfus, ó para los ocho meses de riguroso encierro que padeció el conde de Egmont, antes de ser ejecutado, en la ciudadela de Gante, ó para los horrores que sufrió Ciges Aparicio en La Cabaña y Augusto Bebel en la fortaleza de Hubertusbourg y Ferrer Guardia en Montjuich y los más tremendos aún, si cabe, de fray Luis de León y Bartolomé de Carranza en las mazmorras inquisitoriales y los de Dostoyefski en Siberia y los de Jeremías en el pozo cenagoso en que fue sumergido por haber amenazado la cabeza del rey de Judá con el fuego de las venganzas del cielo?

Al día siguiente, por la mañana, los que se alegran cuando me alegro yo, los que piden permiso para reír á mis ojos, los que aman la sombra de mi cuerpo, los que sienten la efusión de mi palabra y el calor de mi pecho y la presión de mis abrazos, entraron en el locutorio de la prisión como una tromba. Venían por mí. Nos estrechamos mutuamente mil veces el alma sin hablar.

Por fin nos volvíamos á reunir. Eramos otra vez todos unos. La ciudad que se me había sacudido de encima como se sacude una mota de la americana ó del pantalón, me recibía de nuevo en su seno. Perteneecía ya, como antes, á los míos. Viviríamos la vida juntos, juntos como la carne y la piel. Parecía un sueño. La cabeza se me iba de los hombros.

A todos nos brincaban los pies dentro

de los zapatos, y el cuerpo nos bailaba de contento dentro del vestido; y dentro de nuestros huesos tocaban campanillas. Dentro de todos nosotros resonaba un gran *Te Deum*, un jubiloso *Magnificat*, un hosanna entusiasta, un clamoroso eureka, un conmovido *evange*, un peán triunfal, un vibrantisimo hurra, un grandioso aleluya, un devoto *Regina celi laetare*.

Me llamó un carcelero, me acompañó á una oficina, me hicieron firmar no sé qué. Y luego... ¡a la calle! ¡Florida libertad, loada de sabios, cantada de poetas, deseada de muchos, para cuya estimación todo el oro y riquezas de la tierra son poco precio! iba balbuceando yo con Mateo Alemán.

Salí dando besos á la luz, acariciando al mundo con los ojos, sonriendo á las cosas, cogiendo el aire á puñados y bebiéndolo con una inmensa sed, respingándome sobre las puntas de los pies para ver de coger el cielo con las manos, extendiendo desmesuradamente los brazos para abarcar el infinito, golpeándome el pecho y diciéndole al corazón: *exulta*.

Antes de partir miré por última vez, con ira, á la prisión, levanté los puños cerrados, tracé con el uno en el aire un gesto de amenaza, y con el otro escribí un terrible *Mane Tecl Phares*.

Luego marchamos. Iba yo con la rebelde é indomable frente erguida como O'Connell el día que salió de la prisión de Ribond rodeado de 400 000 irlandeses; como el emperador Juliano á su vuelta de Nicomedia; como Marat el 24 de Abril sobre su piana de cuerpos humanos y con su corona de ramas de encina; como Lutero al día siguiente de la Dieta de Worms después de haber afirmado ante Carlos V los principios de la Reforma; como Arnaldo de Brescia al regresar del destierro llevando en los bolsillos las cenizas de las bulas del Papa Inocencio, lleno el pensamiento de extremosidades ideales, lanzado al torbe Mino, al descarrilamiento, á las disputas que se zanján con suplicio, con la cruz ó con la hoguera; como Nestorio al salir del concilio de Éfeso después de haber luchado con 220 obispos.

Iba silencioso, amichinado, torvo. Y me sentía más duro, más duro, más duro, como hierro que ha sido martillado.

ANGEL SAMBLANCAT

Tres caballeros

Guy.—¡Ah Condessa! ¡Jamás estuvo usted tan encantadora como hoy! Su caridad le da una aureola...

Condessa.—Calle usted, adulador. Pienso en sus funciones de comisario. Pronto va á entrar la gente y será preciso hacerla tener orden... Hay que vender mucho, mucho, ¡es para los pobres!

Guy.—¡Oh, en cuanto á eso! Gastón, Gontrán y yo permaneceremos firmes y sólidos en nuestro puesto. Pero ¿qué tiene que ver la venta con mi adoración? ¡La Baronesa es mas clemente con Gontrán!

Condessa.—¿Quiere usted concluir?

Guy.—¡Es usted adorable; sus ojos son dos diamantes!

Baronesa. (á Gontrán).—Coja usted este paquete de abanicos.

Gontrán.—Permítame que le bese la punta de esos dedos de rosa.

Baronesa.—¡Delante de la gente!

Gontrán.—¡Por usted soy yo capaz de arrojarle á una hoguera!

Baronesa.—¡Ganas de hablar!

Gontrán.—Pues si usted me lo pidiera, lo haría como lo digo... ¡Dios mío; pero que espalda mas bella tiene usted, Baronesa!

Baronesa.—¡Indiscreto!

Gontrán.—Si no quiere usted que la admire ¿por qué la enseña?

Duquesa (á Gastón).—Esas señoras piden que usted las ayude... Con franqueza, y sin que esto sea censurarle, olvida usted su obligación.

Gastón.—¡Al lado de usted, bella duquesa yo lo olvido todo! Mas como soy un esclavo sumiso, obedezco sus órdenes. Siempre á sus lindas pies.

Voces.—¡Fuego! ¡Fuego! (Las damas, enloquecidas, corren en todos sentidos. Tumulto y desorden indescriptibles.)

Condessa (agarrándose á Guy con otras señoras).—¡Por Dios, Guy, sálveme usted! ¡Sálvenos usted!

Guy (desasiéndose).—¡Dejadme! ¡Voy á romper á una la cabeza!

Las señoras.—¡Guy, Sr. Guy! ¡Por compasión!

Guy (furioso).—¡Dejadme he dicho! (Da un violento empujón á las señoras, retuerce el brazo á la condessa que cae desvanecida del dolor, y se lanza entre la multitud, pálido, buscando la salida.)

Baronesa (á Gontrán).—¡El fuego llega aquí; estamos perdidas! ¡Es horrible! ¡Oh, Gontrán; sálvenos usted... llévenos usted á una puerta; por Dios, Gontrán! ¡Estamos locas!... ¡Trata de cogerle una mano, mientras que otras damas le rodean agarrándose á su ropa.)

Gontrán.—¡Ya están ustedes soltándose! ¡He dicho que me suelten! (Levanta el bastón y lo descarga sin piedad sobre la carne suave y perfumada en las hermosas damas; se desprende al fin de ellas, pisotea á una marquesa que grita de dolor y de espanto, y escapa golpeando con el bastón á derecha é izquierda.)

Duquesa (á Gastón).—¡No nos deje usted! ¡Si hay que morir, moriemos juntos! ¡Por piedad, busque usted una puerta por donde escapamos todos, por donde escapen primero las pobres niñas! ¡Las niñas las primeras! ¡Pobres niñas!

Gastón.—¡Imposible! ¡Cada uno para sí! (Aparte). ¡Aquí detrás había una salida! ¡No hay que descuidarse!

Las señoras.—¡Vamos con él! ¡Va á salvarnos!

Gastón (con hipocresía).—¡No, por aquí no hay salida; iba... iba á avisar al bombero!

Las señoras.—¡Con nosotros! ¡No nos deje usted! ¡No nos abandone!

Gastón (furioso).—¡Que os lleve el demonio! (Comienza á repartir puñetazos; á una dama que se aferra á su ropa, la coje del pelo y la tira al suelo, y escapa por fin.)

**

Guy (en la calle á Gontrán).—Todavía arde eso, ¡es espantoso!

Gontrán.—Yo he podido salvar á cinco ó seis mujeres; pero al cabo eso quemaba demasiado... Y gracias á mis bíceps...

Guy.—¡Lo mismo que yo! Logré que escapara de las llamas un buen grupo; luego traté de entrar de nuevo, pero todo ardía. ¡Si no llevo á tener buenos puños!

Gontrán.—En estos trances es cuando uno debe saber manejarse, entonces cuando se ve si sirve o no sirve acudir á la sala de armas.

Guy.—Yo he sacado una punta del bigote chamuscada. ¿Se nota mucho? ¡Qué fas-

tidio; durante ocho días va á parecer que tengo la boca torcida!

Gastón (que llega).—¡Cómo! ¿ustedes aquí...? ¡Qué negocio, eh? ¡Lo menos cien mujeres muertas!

Gontrán.—Sí; estaban como locas... es singular; pero á una mujer no puede pedírsela ni un poco de sangre fría ni energía... En fin, una desgracia.

Gontrán.—Es una fatalidad este incendio... Mas ¿qué se le va á hacer? No es culpa nuestra si no pudimos salvar á todas.

Gastón.—¡En cuanto á eso!... ¡Siempre tendremos el consuelo de haber cumplido con creces nuestro deber!

Guy.—Es verdad... (á Gontrán) Pero ¿qué es lo que hay en ese ba-tó?

Gontrán. (aturdido y confuso).—¡No sé!... ¡Lodé!... ¡Hierbal!

Guy.—Pues cualquiera diría que esos cuajaronos son de sangre, y que esos hilillos son cabellos...

E. LANDOY

Mística y música

Cupio dissolvi et esse cum Christo
(Morir deseo y estar con Cristo).

¡Cuántas veces habrán publicado y aconsejado á sus súbditos y penitentes esta máxima de San Pablo y de Francisco de Asís, D. José Sarto y Fr. Aguirre, antes de ser aquél Primado de la Universal Iglesia, y éste primado de la Iglesia de España!

Nada más propio del sucesor de San Pablo y del hijito de San Francisco... Y nada más propio de aquellos seráficos apóstoles que este deseo vehemente de acabar con la cochina vida de este mundo, para ir á otra donde, cuando menos, no hubiese tanta porquería.

Cárceles, infamias, azotes, procesos, cadenas, callos, callos en los pies y ligas en todo el cuerpo, sacaron de su apostolado aquellos misioneros. Iba Pablo por las calles de Roma, y veía con espanto, con asco y coraje un clero perdido, una religión embaucadora, una Iglesia llena de hipocresía por fuera y de maldad por dentro.

Nadaban en el lujo los sacerdotes, y el pueblo arrastraba las duras cadenas de la opresión y del hambre, en tanto que se desgastaba gritando ¡viva el Pontífice! ¡Vivan los santos! Predicaban la paternidad universal divina á las seís, y á las siete pasaban á degüello y daban á las fieras la carne de las víctimas. Ponían rejas á las puertas y ventanas de los conventos de monjas, en tanto que los sacerdotes abrían minas para entrar en ellos secretamente.

Y Pablo gritaba y blasfemaba contra el Pontífice, murmuraba contra el lujo de su corte, armaba contra el clero la ira popular, conspiraba contra la Iglesia, escarnecía sus dogmas, profanaba su culto...

Y en pago cosechaba denuncias, procesos y persecuciones, que le hacían pesada la vida física y enojosa la vida moral, hasta sentir el anhelo de la muerte en patíbulo... ¡Morir... perder esto de vista... morir cuanto antes!

Otro tanto le ocurrió á Francisco de Asís.

Los mismos vicios, injusticias, hipocresías y maldades encontraba en el clero y religión del siglo XIII, que Pablo en las del siglo I. Solamente los nombres habían cambiado. Los que antes se llamaban gentiles ahora se llamaban cristianos y católicos. Por lo demás, todo igual. Pontífices á lo

Nerón, monjas á lo vestales; clérigos de Baco, de Saturno y de Caco: todo igual y aún peor.

Y Francisco se echó por el mundo enañando á maldecir de palabra y de obra la falsedad, el engaño, la lascivia, la avaricia, la intriga, la vanidad y la soberbia. Y cosechó críticas de frailes, burlas de canónigos y aun la Inquisición llevó á la hoguera, entre risotadas y anatemas á muchos de sus imitadores.

Y Francisco de Asís decía: ¡morir... morir... acabar cuanto antes con eso... Huir de esta Iglesia y de este pontificado y reinado de mentiras, de engaños, de pillos y de imbéciles... Morir, aunque sea como Cristo en un patíbulo.

Pues, por haber hecho lo que hizo Pablo D. José Sarto fué hecho Papa.

Por lo que hizo y dijo Francisco de Asís, Fray Aguirre es arzobispo de Toledo.

Y ambos Primados, al creer llegada su última hora, han vuelto la hoja de la mística de sus Maestros, y han dicho espantados:

«¡Morir no... no... todavía no!... ¡Cristo!... Este es Cristo en su cielo, que nosotros, por bien que nos fuera allá, no hallaríamos la mitad del cielo que nos ha tocado en la tierra... ¡Vivir, vivir!... Viva la gallinita, aunque sea con su pepita...

El Padre Santo, pasa lo aquel achuchón, dicen los diarios católicos que salió á los jardines del Vaticano y se sintió lleno de alegría...

«¿Por qué, Señor, por qué? Lo imagino. Seguramente diría como el otro romano de antaño.

—Prefiero ser el primero en la cabaña, á ser el segundo en Roma. Tiene más cuenta ser el primero en la tierra, que el segundo en el cielo.

«¿Qué triste el cielo para los arzobispos y Papas!

Acá son los dioses y «¡más que Dios!» Han realizado el sueño de Luzbel. Dios es su esclavo y su instrumento: hace y dice, ó deshace lo que ellos quieren.

Y en el cielo ¿qué porvenir les espera?

El que les dejó Cristo: «en mi reino, los primeros serán los últimos, y los últimos los primeros...»

«¡Los últimos!... ¡Dios santo!... ¡Todo un Primado de Toledo y todo un Papa, serán menos obsequiados, atendidos y mimados que cualquiera de esas tiorras del arroyo!... ¡Menos que esos mendigos de la calle!... ¡Menos que los que acá fueron sus víctimas!... ¿Cabe mayor infierno?...

Compréndese ahora por qué no tienen prisa de morir ni de ir á servir á Cristo en el Cielo... cuando tan ricamente Cristo los sirve á ellos en la tierra. ¿Cuál amor tiene prisa de ser criado de su criado?

¡Desgraciados pontífices soberbios! ¡Aun el cielo se vuelve Infierno para ellos!

Idles á contar las máximas de aquella antigua mística: contestarán de palabra ó de obra:—¡Música... música!...

No quiero terminar este artículo sin formular una enérgica protesta contra el desacato que la Naturaleza comete con estos personajes. Van siendo muchos los Prelados que mueren de mal de orina. ¿Quién no recuerda los tormentos que hubo de pasar León XIII con los vendajes y punzadas para extraerle esa porquería?

Al cardenal Aguirre le suc de lo propio. Riñones, vejigas, etc... ¿Qué escándalo para las novicias de los conventos, oír hablar de esas vergüenzas!...

¿No sería cosa de que los médicos buscaran una enfermedad más decente para los Prelados?

Ellos debieran morir en aquella postura que pintan los cuadros sagrados: con los brazos en lo alto, radiantes de alegría y emitiendo el espíritu á Dios cantando el Magnificat.

Esto sería verdaderamente sacerdotal.

Pero morir de retortijones de vejiga, ó de cólico miserere... ¡qué vulgaridad! ¡Ni que fuesen patanes descamisados!

Ya que no puedo remediar el mal, protesto contra esas irreverencias de la naturaleza. ¿Dónde está la gracia Divina?

R. MAYOL

¡EN BAILE!

«¿Qué es eso?—Un solado muerto
—Puede el baile continuar.

He recibido dos cartas que me han hecho mucha gracia, á propósito de lo que indiqué de que en el Casino de la Juventud republicana de Bilbao estaban reunidos los socios para bailar la noche aquella que trataron de tomarlo por asalto los dignos representantes de la tradición católica y de la barbarie española, vulgo *requetés*.

En una de ellas, escrita en tono jocoserio, se me pregunta si condeno los bailes, porque ya no puedo bailar.

¿Ya? Este adverbio me obliga á confesar, entre arrepentido y sonrojado, que nunca ballé, (en lo cual hice perfectísimamente mal) Pues aparte de ser ejercicio higiénico, el hombre debe darle á cada edad lo suyo, y es propio de la juvenil buscar en el baile esparcimiento y alegría.

Mas una vez reconocido esto, y sintiendo no poder ya hacer público mi arrepentimiento entregándome desafortadamente desde ahora á los regocijados bailes la jota, las sevillanas, las seguidillas manchegas, etc., etc., declaro que siempre he censurado que los casinos republicanos, fundados para fines de propaganda, discusión y preparativos de lucha, se dediquen casi exclusivamente á fiestas y jolgorios, intercalando por el bien parecer algún que otro mitin terriblemente revolucionario, aunque inofensivo.

Y como no tengo ganas de perder hoy el tiempo aduciendo las razones en que me fundo para pensar así, á continuación transcribo el artículo que sobre el mismo asunto publiqué en el número de EL MOTIN correspondiente al 16 de Marzo de 1895.

Entre las muchas desventajas que tiene el pensar siempre lo mismo (petrificación de cerebro, que diría alguno de los Melquíades que cada día piensan de modo distinto) tiene la ventaja de que, cuando no se está de humor de escribir, hurga uno en su memoria, y siempre encuentra algo publicado referente al tema que debe tratar.

Allá va, pues, el artículo de referencia, en contestación á las dos cartas que he recibido.

Más seriedad

Llega á mis manos un número del periódico del Sr. Pl y Margall, lo desdoble y me fijo en este artículo:

VELADA ARTÍSTICO-LITERARIA

«Por falta de espacio no dimos en nuestro número anterior noticia de la brillante velada celebrada hace días en el Centro Federal.

Asistió á ella numerosa concurrencia. El bello sexo estuvo espléndidamente representado.

La señorita ... ejecutó al piano la *Mendoline*, de Gregh, y la *Tarantelle*, de Smith, y fué aplaudidísima.

La señorita ... y la señora de ... interpretaron magistralmente, también al piano, á cuatro manos, la ópera de Verdi, *Macbeth*, y la *Marcha de las antorchas*, de Meyerbeer.

El señor ... cantó la romanza de *Carmen* y la jota de *Cádiz*, que tuvo que repetir entre estruendosos aplausos. Le acompañó al piano la señorita ...

La señorita ... cantó el wals del maestro Caballero, *Triple Alianza*. el *Non posse vivere* y la *Música prohibida* de Gastaldón. También cantó tres saladisimas malagueñas, que arrancaron al auditorio aplausos unánimes.

El Sr. ... leyó el poema *Pobres y ricos*, del Sr. ... y fué muy aplaudido al finalizar la lectura.

La velada resultó notable, y al final, á petición del elemento joven, se bailaron algunos walses y rigodones.»

Creyendo que había tomado un periódico por otro, pues sólo podía estampar lo copiado un escritor monárquico para poner en ridículo al partido federal, lleve vueltas, busqué el título, y vi que no me había equivocado.

Sí, era efectivamente el órgano oficial del pactismo el que en la mano tenía. Me restaba una esperanza: la de que el número aquel fuese atrasado y llevara la fecha del 28 de Diciembre, día de Inocente. Miré, y ¡oh desencanto! era el último: el del 9 de Marzo.

Quedé anonadado. Todo lo que hasta ahora habla considerado indiscutible estaba sometido á madanza y á trastocamiento. ¡El partido federal haciendo figuras de rigodón en la propia basilica donde oficia alguna vez el Sumo Pontífice! Esto era más que inusitado: era monstruoso.

Hubiera comprendido que los polizontes corrieran desahogados á cerrar el Centro por haberse dado en él gritos subversivos contra el orden, la propiedad y la familia, ó pedido la cabeza de la Regente y de su hijo, ó decretado la matanza de los frailes, ó preparado la segunda edición de los cantones; hubiera comprendido, en fin, todo lo que significara revolución, guerra, exterminio... ¡Pero bailar! ¡pero cantar! ¡pero tocar! ¡pero leer versitos!... Esto no podía admitirlo.

Y mucho menos cuando el mismo periódico que da la noticia de la velada disculpándose de no haberlo hecho antes, viene en todos sus números pintando al vivo la situación desesperada de la clase obrera, pidiendo y proponiendo solucio-

nes para aliviarla, tronando contra la trivialidad hoy reinante, lamentando el rebajamiento de caracteres, y hablando de propagandas viriles que levanten el decalido espíritu nacional.

¿Cómo compaginar tales recreos, dulces, tranquilos y propios de gentes felices, con el continuo alardear de revolucionarios y redentores, con los ataques á la monarquía que á tan duro extremo nos ha traído, con las santas indignaciones del patriota?

Siempre que los monárquicos celebran una fiesta de estas, con más brillo y suntuosidad por supuesto, salimos los republicanos, y con razón, por el registro de que mientras ellos se divierten el pueblo agoniza, que los acordes de la música apagan los ayes angustiosos de los desventurados, que las estrofas de las poesías contrastan con los sollozos de los jornaleros sin pan, y que los movimientos vertiginosos del baile insultan á la obrera encadenada á la máquina de coser; agotamos, en fin, el repertorio de las frases de efecto para anatematizar á quienes, sordos á los lamentos de las masas é indiferentes ante sus sufrimientos, se divierten y solazan.

Y, á pesar de esto, nosotros, los que salimos de esas masas, y por más cercanos percibimos las notas íntimas de su duelo, y no perdemos ni el quejido más débil de sus angustias, nos reunimos en un local destinado á exponer sus dolores y buscar la manera de aminorárselos, para parodiar mezquinamente aquello que con energías apocalípticas condenamos. Y no contentos con hacerlo, lanzamos nuestros nombres al público, cual si tuviéramos ansia de que se conozcan nuestras especiales aptitudes para el arte en su más mínima expresión, ó nos corriere prisa demostrar que las autonomías municipal y regional no son incompatibles con la danza, la corchea, ni la estancia.

Y no es que yo crea que debiéramos llevar luto en las ropas y tristeza en el semblante porque haya comarcas enteras donde los trabajadores no tienen ni raíces que comer; pero si que podríamos abstenernos de realizar esos actos que forman contraste doloroso con su miseria, y hasta afectan en cierto modo la forma del insulto.

Tampoco pretendo que el republicano, por serlo, sea refractario á nada de lo que eleve y vigorice el espíritu, ni viva á la manera del oso de las cavernas, ni renuncie á nada de cuanto signifique cultura é ilustración; no. Por instinto más que por hábito, por gusto innato antes que por práctica frecuente, me inclino á cuanto en todas las esferas de la vida tiende á separar al hombre del animal. Una República tacaña y sordida, de habas, lentejas y pan negro, no es la que yo deseo para España, aún cuando estuviere en posesión de todas las virtudes teológicas y cardinales.

No; no soy de los que sueñan con republicanos haraposos, de pelo y barba encrespados, reuniéndose en las tabernas á comer tajadas de bacalao, eructando á

ajos, cantando himnos brutales y mostrando sin recato lo que la hoja de parra tapa en las estatuas; mas si tuviera que escoger entre ellos y los que se deleitan oyendo poesías medianas y canciones de ritual en tertulias caseras, y bailan rigodones y walses, me quedaría con los primeros. Entre sus brutalidades podría esconderse el embrión del perfeccionamiento; en los artificiosos, convencionales y cursis conatos artísticos de los segundos, sólo veo decadencia.

Además, ciertas cosas, ó se hacen en grande ó no se hacen. Todo lo que se relacione con el arte debe rebasar la línea vulgar. Nada de calcomanía, ni de cromos siquiera: ó las paredes desnudas, ó cuadros de Velázquez, Murillo, Rubens ó cualquier otro príncipe de la pintura.

¿Cómo! ¿Nos llamamos hombres de progreso, y fabricamos telas de araña en vez de capullos de seda? Esto es indigno de nosotros. Las cortinas deben ser siempre á la medida del santo. ¿Queremos música? Contratemos la orquesta del Real. ¿Canto? Vengan los primeros artistas. ¿Poesía? Que el mejor poeta de España nos traduzca á Víctor Hugo. ¿Baile? Que el local contenga cien parejas y no se acerque una á otra en dos varas. Esto es lo que corresponde á la grandeza de las ideas que profesamos... ¡Pero un pianito! ¡Un poeta medíocre! ¡Unas cancioncitas! ¡Unas piruetas en una sala de ocho metros en cuadro!... Pocas veces habrá tenido representación más apropiada el quíero y no puedo.

Esto, y más aún si le place, puede hacerlo cada republicano en su casa, si es que no sabe sustraerse á las corrientes del mal gusto, y á buen seguro que yo coja la pluma para censurarlo, por más que á mis solas me lamente de no tener correligionarios de más aspiraciones. Lo que no puede hacer ninguno sin exponerse á la crítica, es convertir los centros de propaganda revolucionaria en oratorios mezquinos del arte, parodiando pobremente aquello mismo que nos sirve de pretexto para combatir á los monárquicos cuando lo hacen con grandeza; lo que no tiene justificación, es que lloremos los males del pueblo al compás de una habanera ni creamos que lo servimos aplaudiendo un aria. Cada cual en su puesto. Y no está en el suyo el republicano que celebra veladas semi-artísticas en sitios donde nadie debe ir á buscar distracciones, sino á proponer y discutir los medios más conducentes á la pronta desaparición de la monarquía y al mejoramiento de las clases productoras. Y el que lo dude, que se lo pregunte á cualquier federal de los que están dispuestos á jugarse la vida por el triunfo de su causa y que de fijo nunca pensó en que se fundaran Centros revolucionarios para cantar y bailar.

Y termino, aun cuando pudiera decir mucho más, rogando á todos los republicanos que no perdamos la seriedad, ya que tantas cosas hemos perdido; no naga el diablo que las gentes den en pensar que sentimos la nostalgia de las

frivolidades que constituyen la vida entera de los que carecen de ideales, ó que reducimos éstos á satisfacer con desahogo necesidades puramente físicas, con intermedios artísticos propios de empleado de corto sueldo ó patrona de casa de huéspedes que tiene hijas casaderas de difícil salida. Si; obremos de modo que los monárquicos nos odien, nos persigan, nos exterminen, pero ¡por todas las majaderías que hemos dicho en veinte años! que no se rían de nosotros, ni se burlen, ni nos pongan en solfa.

Antes que el ridículo la muerte, si es que la muerte en política no sigue siempre al ridículo como la sombra al cuerpo.»

REMEMBRANZA

Una R. O. y una ley tradicionalista

No todo es orégano en el monte de nuestras «tradiciones venerandas,» (Estilo Integrista)

En 14 de Junio en 1799 el gobierno católico de las Españas publicó una Real Orden que á la letra dice así:

«El consejo disponga que se recojan las licencias de predicar al religioso que según queja del Embajador de la República francesa ha proferido (desde el púlpito) expresiones injuriosas y ofensivas á aquel gobierno, haga que los prelados expidan circulares prohibiendo tales abusos, y tome cualquiera otra providencia que conduzca al mismo fin.»

Poderosa, fuerte en 1799 la república francesa, no es extraño que el gobierno español atendiera la queja del Embajador y que la Iglesia no protestara de la Real Orden de mérito.

Y como en 1805 gobernaba la Francia Napoleón y las leyes del imperio se cimentaban en los ideales de la revolución de 1789, á la Novísima Recopilación se llevó el espíritu de la Real Orden de 1799, en esta forma:

Ley 23. «Doctrina de los sermones.— Los prelados seculares y regulares á sus súbditos; que en el sagrado ministerio de la predicación no sustenten cuestiones impertinentes, doctrinas dudosas ó contravertibles, sino que se esmeren en persuadir y enseñar el camino de la virtud y el retraimiento del vicio. Las autoridades civiles y eclesiásticas corrijan cualquier exceso en este punto.»

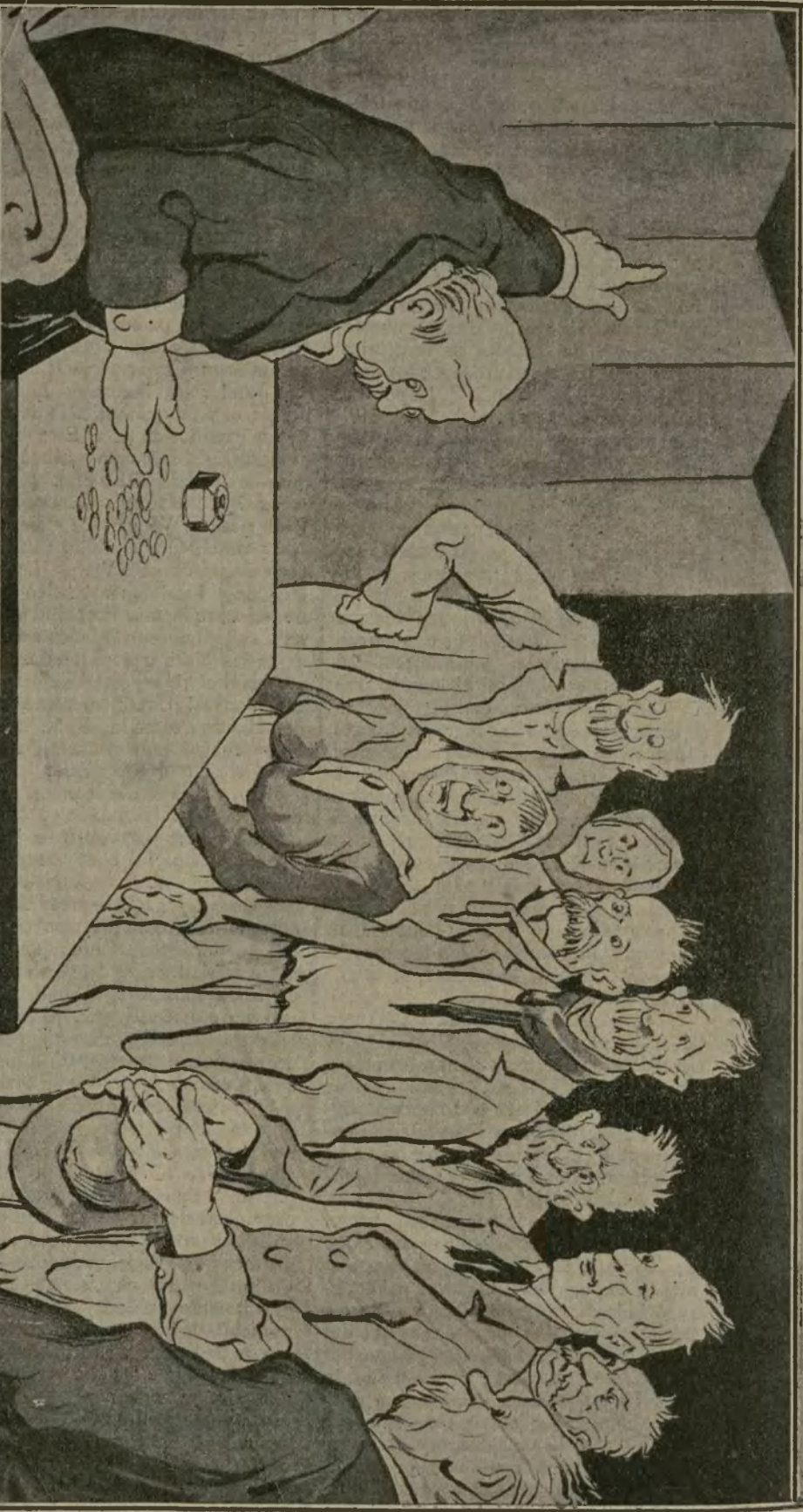
Tal legislación no se acomoda á anteriores doctrinas de la Iglesia. La excomulgaron entre otros pontífices, Gregorio VII, Inocencio III, Bonifacio VIII y León X. Pero como Napoleón Bonaparte las gastaba duras con su espadón, toser fuerte era peligroso á las testas coronadas y á la tiara pontificia. La fe en aquellos tiempos fervorosos aceptaba esas treguas.

**CIENCIA
Y RELIGION**
Por Malvert
85 grabados.—Precio, 1 peseta.

EL MOTIN



...Y no olvidéis que el deber de buenos católicos os obliga á amar y respetar y obedecer ciegamente al patrono, y á resignaros con la modesta vida de obreros y campesinos, sin veniros nunca con pretensiones soberbias sobre la compensación de vuestro trabajo ó la disminución en las horas de jornada. Quien falte á estos santos deberes, irá irremisiblemente al infierno.



...Y no olvidéis que el principal de vuestros deberes es asistir á misa y á las pláticas religiosas, pagar de buena voluntad al párroco los derechos que le corresponden por la aplicación de sacramentos y dar limosnas á la Iglesia en proporción á vuestros recursos. Quien falte á estos sagrados deberes, no puede trabajar en mis tierras ni en mis fábricas, y será despedido.

APoyo MUTuo

Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.

Suma anterior	5595'88
Cándido Fernández (Gijón) ..	5'00
Máximo Carrera Guzmán (Salto)	5'00
Jacinto Martín (Sevilla)	0'50
Juventud Republicana (Málaga)	5'00
Francisco Llauredó (Pont de Armentera)	3'00
Cayetano Bros (Monistrol) ..	0'35
Bienvenida Vilaseca, 1'00.—	
Raimundo Rufiandes, 1'00.—	
Antonio Soler, 1'00.—Francisco Font, 1'00.—Juan Fuster, 1'00.—Juan Casas, 1'00.—Antonio Solanas, 1'00.—Joaquín Armisen, 1'00.—José Coma, 1'00.—Baudilio Balart, 1'00.—José González, 1'00.—Enrique López, 1'00.—Ernesto Spurrí, 1'00.—Juan Camell, 0'50.—Salvador Barberá, 0'50.—Antonio Resena, 0'50.—Magín Prunera, 0'50.—Armisto, 0'40.—Salvador Saló, 0'30.—Antonio Barbado, 0'25.—José Bonet, 0'25.—José Franco, 0'20.—M. S. 0'15. (Todos de Gracia, Barcelona)	16'55
Señores. Santalucía y Palacios (Habana)	24'00
Luis Domínguez (Hireayas) ..	0'50
Suma y sigue	5655'78

Dignificación del Trabajo

«Convienes inspirar á las masas, que procuramos convertir en agregados de individuos conscientes, un sentimiento más delicado de la dignidad humana que el que hasta hoy ha inspirado sus actos.»

«Además, los trabajadores contraen una responsabilidad moral con relación al trabajo que ejecutan. Por algo se huye del contacto del verdugo, cuya plaza suele ser, no obstante, muy solicitada cuando se halla vacante; hay profesiones no menos antipáticas, destinadas á hacer sentir al pueblo en general el peso de la injusticia dominante. Y, sin embargo, los mismos que sufren al guindilla, al soplón, al consumidor, al satamantas, agente ejecutivo y al funcionario autoritario, cualquiera que sea la clase de imposición ó de socleña que representen, los disculpan pensando que obedecen ordenes superiores y que, si no lo hicieran ellos, otros ocuparían su lugar.

En la misma disculpa se cobijan los que construyen malas habitaciones y los que con reparaciones superficiales las conservan para que sirvan de albergue mortífero á sus compañeros de trabajo; los que elaboran alimentos y bebidas de-

testables y baratas con que se envenenan en vez de alimentarse los pobres; los que producen ropas y vestidos de malísima calidad, que se caen á pedazos al poco tiempo de usarlos, después de una vejez prematura en que domina repugnante fealdad; los que imprimen y hacen circular con el libro y el periódico doctrinas perniciosas y antiprogresivas, con que se justifica y practica á mansalva el fraude social que perpetran los privilegiados; los dependientes de comercio que venden géneros malos y caros, engañando y estafando al comprador. Todos esos trabajadores, lo mismo que los que se dedican á industrias de lujo, de ociosidad ó de vanidad, de que sólo pueden ser consumidores los ricos, los usurpadores de la riqueza social y explotadores que nos exprimen y nos arrinconan, tienen responsabilidad y complicidad en su misma desgracia, y si individualmente puede excusarse cada trabajador con su impotencia y su necesidad, la excusa pierde todo su valor ante el poder de la asociación y consiguiente apoyo de la opinión pública.»

«Bella, noble y altamente simpática se presentaría la huelga de un sindicato de panaderos, fideeros, licoristas ó confiteiros, por ejemplo, por negarse á manipular y mezclar substancias reconocidamente nocivas para la salud con objeto de adulterar en peso, color ó sabor, los productos para el alimento del público; la de varios sindicatos de la Unión de constructores que se negaran á edificar tugurios y á hacer chapuzas en habitaciones viejas inhabitables; la de su sindicato tipográfico que se negara á imprimir un periódico clerical ó furibundo burgués; la de un sindicato de zapateros que se negara á hacer calzado con suela de cartón y materiales de deshecho para el negocio de un contratista proveedor; la de cardadores, hiladores y tejedores mecánicos que se negase á hilar y tejer fibra resultante de ropas usadas é infectas; la de dependientes de comercio que no se prestaran á engañar al público acerca de la calidad, el peso y la medida de los productos.

Negarse á hacer un trabajo falso, malo, antisocial; fortificarse en un baluarte de justicia, haciendo conocer al público cómo se le engaña, se le roba, se le envenena y se fundan las grandes fortunas; y sostener estas huelgas con el apoyo de la solidaridad y el recurso del boicote y del label, honrarla á los trabajadores que las emprendieran y las sostuvieran, asegurarla su triunfo y atraerla á la opinión pública, no sólo para el triunfo del momento, sino para el reconocimiento y aceptación del ideal emancipador.

Es indigno del obrero moderno, después de tantos sacrificios por la libertad humana y la igualdad social, contribuir al despojo que practica el capitalismo propietario, basándose en el derecho de accesión, creyendo justificarse con decir: «el patrón lo manda; para eso me pagan; así me gana el pan de la familia.» Esa

excusa, si puede tolerarse en los holgazanes é incapaces que aceptan el oficio de corchete, esbirro ó ministril, como lebreles dedicados á la casa del hombre, no sirve para el obrero que piensa, que aspira á la emancipación de los trabajadores y que para alcanzarla se asocia con sus compañeros, porque en sus labios representa un cobarde sofisma, un hipócrita pretexto.»

Los párrafos copiados anteriormente, pertenecen al último libro publicado por Anselmo Lorenzo, bajo el título *Hacia la emancipación*.

Si los obreros llegaran á practicar lo que en ellos se les indica, darían un paso gigante en el camino de su redención económica.

—Señor cura, pregunta un niño: ¿puede de uno ser castigado por una cosa que no ha hecho?

—No.

—¿Qué suerte! Ahora estoy tranquilo.

—¿Por qué?

—Porque no he aprendido la lección de catecismo.

Genealogías

Un genealogista y archivero residente en Berlín, muy sabio él, dice que ha hallado documentos que prueban que Bismarck descendía directamente de Carlomagno.

Bismarck tenía entre sus abuelos un duque de Hesse, hijo natural, y luego reconocido, de Felipe, duque de Hesse que vivió en el siglo XVI, y de una burguesa de Cassel. Y Felipe de Hesse descendía á su vez de Santa Isabel, descendiente, como todos saben, de Carlomagno.

Comentando este descubrimiento, algunos periódicos dicen que Bismarck, en vez de ofrecer la corona imperial al abuelo de Guillermo II, debió ponérsela en la cabeza y proclamarse Emperador.

Es una gran desdicha la de los hijos de los soberanos. Porque á estas horas, los descendientes de Carlomagno, de Julio Cesar, de Artajerjes, de David y Salomón deben contarse por millones, como los de Adán.

¿Quién podrá decir: «yo no soy hijo de Abraham, ó de Pompeyo, ó de Bruto, ó de San Pedro ó de Pilatos?»

¡Y pensar que en la tierra sólo hay una docena de tronos para los hijos de tales Emperadores y Pontífices!...

Horrible suplicio el que deben tener en el cielo ó en el infierno aquellos señores. ¡Sus descendientes, reducidos á barrenderos, carreteros, limpiabotas... ó, lo que es menos aún, á ministros de otros reyes que descienden de grandes hampones!...

Un maestro alemán pone en la clase de aritmética á uno de los chicos el siguiente problema:

«Una familia católica consume cada día dos libras de carne. ¿Cuántas libras de carne consumirá por semana?»

—Catorce, contesta el muchacho.

—Falso, replica el magister. Una familia católica no come carne el viernes: luego no son más que 12 libras. Ahí está la diferencia que hay entre la aritmética de los católicos y la de los protestantes.

EL INDIO MEXICANO

El gobierno mexicano ha tenido en todos los tiempos dos enemigos formidables, aunque en apariencia de poca consideración: el yaquí y el maya.

¡Raza tenaz la de esos indios! Desde que se emprendió la conquista y colonización del país por los españoles, vienen luchando en defensa de su libertad. Los gobernantes de hoy siguen siendo para ellos los extranjeros de ayer, los enemigos de su integridad territorial, de su lengua, de su religión, de sus costumbres... Su odio es, pues, el mismo de antes: es el más precioso legado que los padres hacen a los hijos; pasa de familia a familia, de generación: es el alma heroica de Cnauhtemoc que se encarna en sus descendientes. Por eso mientras aliente un yaquí, enemigo será del «cara-pálida».

Y con razón, porque el hombre civilizado, so pretexto de mejorar la condición mental del indígena, le ha robado sus propiedades, le ha incendiado su cabaña, ha maltratado cruelmente a su hijo, y ha violado a su mujer, y esclavizándolo. Y su alma rebelde y brava, harta de humillación y de ignominia ha estallado al fin, y ha bebido sedienta la venganza, y el crimen ha sido el pago del crimen, la impiedad ha correspondido a la impiedad; a las desgracias de la ametralladora los certeros disparos de su rifle; y si el saqueo introdujo el espanto en su rancho, él sembró el pánico en las ciudades cometiendo depredaciones sin cuento. ¡Y se le ha llamado bestia sanguinaria por sólo poseer la virtud viril de saberse vengar de sus tiranos!...

Pero la civilización no logrará penetrar en sus selvas, el progreso se estrellará contra los muros inmovibles de la tradición. ¡El progreso! ¡La civilización!... ¿Para qué le sirve todo eso? ¿Qué consigue el hombre civilizado con la pompa de su civilización, con el brillo engañoso de su ciencia, con sus inventos y sus libros, sino acercar el cúmulo de sus inacabables penalidades? Si el supremo ideal del hombre es alcanzar el dominio pleno de la felicidad, y con la civilización, lejos de aproximarse, se aleja de él, está claro que la civilización es un mal y no un bien de la Humanidad, como erróneamente se supone; a la inversa del estado salvaje, en que el individuo, con sólo una flecha y un buen caballo corredor, es completamente feliz.

Ni leyes absurdas ni convencionalismos hipócritas. Razón al que la tiene; justicia a quien la merezca; desprecio para el que baja la cabeza; elogio para el que lleva alta la frente; tales son los preceptos que

sirven de norma de conducta al indio; y con ella rara vez yerra. La paciencia es su característica, la impasibilidad su estado habitual; pero ¡ay! del que pretenda humillarle.

Cierta vez presencié el siguiente caso en una aldea sureña. Un gendarme deseaba tomarse una copa de pulque; no tenía dinero y exigió a un indio, que descansaba en cuchillas, que se la pagase. El indio pagó en silencio y el guardia saboreó el pulque. Al poco rato la misma escena é idéntica actitud del indígena. Por tercera vez quiso abusar el gendarme, y, como aquél protestara, comenzó éste a insultarle. Así estuvo por espacio de una hora. Esperó el indio a que terminara, y cuando lo hubo conseguido, se puso en pie y dijo con mucha calma:

—Hermanito; ya las cosas han llegado a donde debían; ahora vamos a ver a cómo nos toca. E incontinenti sacó una enorme navaja y de una cuchillada vació el vientre a su ofensor.

Algo por el estilo le ocurre casi siempre con el gobierno: se le arroja encima, le explota inicuamente, y cuando ya cansado se rebela, lo caza a tiros. ¡Y dice que lo está civilizando! ¡Fenomenal procedimiento! Sin embargo, a esa misma persecución debe su existencia, porque si antes reñían entre sí las tribus vecinas, ahora están unidas por instinto de conservación y espíritu de raza.

Si al indio se le dejase vivir con tranquilidad en sus montañas y en sus praderas, labrando sus tierras y adorando a su dios, sería sin duda el ser más pacífico del mundo. Está satisfecho con lo que tiene, vive contento en su medio. Posee confianza en sí mismo y en la infalibilidad de los jueces: cuando se le acusa ante los tribunales no se defiende ni trata de sincerarse. Con sólo mirar la cara a cualquier persona, dice, se sabe si es culpable o inocente: el juez debe ser siempre severo é infalible ó no ser juez.

Llevaron a presencia de un jefe político a un maya acusado de robo; oyó la acusación sin decir palabra, y cuando el jefe le interrogó porqué no se defendía, respondió:

—Señor... yo no digo nada... usted lo dice todo... El señor dice que yo fui... Bueno... El sabrá...

Lo condenaron. Sufrió un mes de encierro; se descubrió después al verdadero ladrón, y cuando le pusieron en libertad, preguntó el maya muy tranquilo:

—Señor, ¿ya no le hago falta? ¿ya no me necesita?

Y esta gente dócil es la misma que siembra el pánico en los campos cuando el gobierno comete sus arbitrariedades y atropellos. Es preciso exterminar a esos salvajes, dice, y les echa el ejército encima.

Mas conviene saber que el indio, el maya, por ejemplo, estaba bastante civilizado cuando llegó Cortés a México: aún se conservan preciosas joyas arquitectónicas y escultóricas, libros, vasos, calendarios y pinturas que lo revelan. Además, poseían un verdadero idioma y una reli-

gión que les obligaba a ser pacientes y sufridos. Nunca fueron polígamos; el adulterio era severamente castigado; la mujer bajaba la vista en presencia de su marido, pero servía de árbitro en los litigios de la tribu y sus fallos eran siempre acatados sin réplica.

El idioma maya se había todavía en Yucatán, y se hablará mientras exista allí un solo indígena; porque el maya, como el judío, también espera a su Mesías que venga a libertarlo de las miserias terrenales, que expulse a los impíos extranjeros, y vuelva a la paz, el bienestar y la alegría a su bendita tierra yucateca.

RAMÓN VASCONSELOS

¡Arriba el pasado!

Los clericales se han empeñado en resucitarlo. Yo les ayudaré.

Ahí van esos dos documentos del tiempo de la última guerra civil.

Ya publicaré otros.

Y así nos divertiremos todos.

Opinión de un cura sobre los frailes

Esta es la que dió mosén Tomás, cura de un pueblo de Cataluña, durante la última guerra civil:

«Los frailes sabían darse buena vida; pero esto era lo único bueno que tenían, ojalá no vuelvan, porque hicieron mucho daño a la religión. El clero seglar no está por frailes ni conventos.

Los curas no queremos frailes, porque son un elemento de perturbación eclesiástica. Así que hay frailes, hay lucha entre ellos y nosotros. El fraile pesa sobre nosotros con toda la masa de una corporación, mientras que nosotros no podemos luchar con él sino individualmente.

A favor de la supresión de los conventos, nosotros lo hemos pasado bastante bien a pesar de haberse desamortizado nuestro patrimonio; pues como los conventos no nos hacían la competencia, todas las misas, todos los sermones, todos los legados piadosos, todas las funciones de encargo y herencias de confianza tocaban al simple sacerdote, que de este modo podía vivir bien y piadosamente del pie de altar.

El fraile es un elemento absorbente; lo husmea todo, lo busca todo, en todo se mete, todo lo pide, siempre llora, siempre se hace el necesitado; y ahora con la excusa de que han de hacerse obras en el convento, después con el pretexto de que no hay dinero para vestir a los novicios, luego con la muletilla de que llega la fiesta del patrón, y otro día con la excusa de que no hay de qué dar sopa a los pobres, sacan cuartos de aquí y de allí, y de éste y del otro, y cuando llegamos nosotros, ya está todo más pelado y liso que un guijarro del río. Por esto el clero secular está contra el restablecimiento de los conventos; de modo que así que don Carlos triunfe, allí será ella sobre esta cuestión, y habrá unas batallas que ni las de Troya.

Además ¿qué falta hacen los frailes para

las necesidades espirituales? ¿qué son más que nosotros? ¿qué alcanzan que nosotros no alcancemos? Ellos dicen misa, confiesan, dan la eucaristía, predicán, rezan, velan difuntos; consuelan al pobre... ¿Y nosotros no? ¡nosotros no confesamos, ni decimos misa, ni predicamos, ni rezamos!

Los conventos son inútiles existiendo nosotros, y perjudiciales, porque impiden la paz y armonía que debe haber en el sacerdocio. Pase que haya escolapios, los cuales, por dedicarse á la enseñanza, ya tienen bastante ocupación en casa para molestarnos á nosotros en la ajena. Pero pare usted de contar.

Aunque el clero es enemigo acérrimo de la revolución y lamenta las maldades y horrores del 35, aprobó unánimemente la supresión de las órdenes monásticas, porque fué una cosa muy justa y bien pensada. A decir la verdad, esto es lo único bueno que han hecho los revolucionarios; y si todas sus obras fuesen como éstas, no seríamos nosotros carlistas.

Tengo la seguridad de que en entrando D. Carlos en Madrid hay frailes y conventos hasta en el último villorio de España. Sé lo que sobre esto se piensan en Estella, y puedo responder de mis palabras. Pero llegado el caso, veremos quién tendrá más influencia. La batalla será ruda, porque los mismos obispos en su mayor parte distan mucho de simpatizar con los conventos.

Los frailes son las langostas de la Iglesia, y no están ahora los tiempos para restablecerlos. El pueblo español tampoco los quiere, y la palabra fraile produce el mismo efecto en nosotros que en el resto del país.

El clero secular basta y sobra para la católica España, y no hay necesidad de PP. calzados ni de PP. descalzos, ni de carmelitas, ni de capuchinos, ni de mínimos, ni de franciscanos, con toda aquella caterva de legos y profesos. Nunca ha sido más ilustrado el clero español que desde la supresión de los conventos, ni nunca ha habido más tranquilidad en su seno. Nosotros bastamos para anonadar á los protestantes de España; nosotros bastamos para exterminar á los masones; nosotros bastamos para pulverizar á los espiritistas, y á todo ese atajo de indiferentes, ateos y materialistas que andan por ahí. Dénes el gobierno los medios, y verá usted cómo en breve limpiamos al país de esas plagas. Esto es lo que pedimos á D. Carlos, y no frailes y conventos; por esto somos carlistas, y por esto defendemos la causa de aquél desde el púlpito y otras partes.

Si se ponen los frailes, yo dejaré de ser carlista y mandaré á paseo á D. Carlos y á todas sus pretensiones. Antes que los frailes prefiero la libertad de cultos, porque ésta no hace daño más que á mi amor propio, al paso que los conventos son la ruina del clero secular. La libertad de cultos nada nos quitará á nosotros, porque sólo se aprovecharán de ella los que ya no eran católicos; al paso que los frailes nos arruinarán, nos empobrecerán y sumirán en la miseria. Aunque haya protestantes, nosotros florecemos; pero si llegan los frailes no hay esperanza para nosotros.

¿Quién le hubiera dicho á mosén Tomás, cuando así hablaba, que no era necesario el triunfo de D. Carlos para que los frailes se apoderasen de España, y que los curas hablan de consentirlo y los liberales ampararlo y los republicanos tolearlo?

¡Guerra á la luz!

Proclama de un exclaustro

Fantasmas de la noche, tropa negra; horda de sacristanes y lechuzas; voto al vientre del diablo y de su suegra, apaguemos el sol y... ¡á las alcuas! El gas... ¡invento odioso! ¿No os alegra recatar vuestro rostro en caperuzas y andar á tientas por la calle umbría rezando en bronca voz la letanía?

¡Hijos de las tinieblas frailes todos, los de frac, de uniforme y de sotana; esta noche el belén; de todos modos ha de triunfar la religión cristiana; ¡Al puñal, al puñal; bañad los codos en sangre liberal, sangre liviana; la oscuridad divina nos protege; que no quede un blasfemo ni un hereje!

¡Muera la ilustración. viva el convento! Paso á un rey soberano y absoluto que encienda las hogueras al momento, ensangrientando la España y siembre el luto; no importa que el tal rey sea un jumento que no pueda toser de puro bruto: cuantas más coces tire y rocín sea mejor para que triunfe nuestra idea!

¡Hijos de las tinieblas, á la carga! Vencer es necesario ó morir luego; convercer predicando es cosa larga y es mejor la conquista á sangre y fuego; derramar nuestra sangre nos amarga, y perder por luchar nuestro sosiego; pero ya se hace urgente y es preciso defender este amado paraíso.

Ya con desprecio nuestra voz se escucha; ya no temen á Dios ni su venganza; la raza negra cunde y se hace ducha y por su cuenta en el infierno danza. ¡Frailes y sacristanes, á la lucha que pelagra la Iglesia y la pitanza! Es nuestra salvación quien nos obliga: son Dios, la religión y la barriga!

Recordad aquel tiempo venturoso de explotación, de diezmos y primicias, en que era el mundo un paraíso hermoso sin tarjetas postales ni milicias: Dios, siempre con los frailes bondadoso, hacía sin cesar nuestras delicias en auroras, rosarios, procesiones, sopimpas, jubileos y sermones.

Aquel tiempo en que un fraile siendo listo (que en el hecho de serlo no era rana), pescaba sus alforjas y su Cristo y se echaba á correr por la mañana; aquí le regalaban con un pisto, más allá le zurcía la sotana una moza más fresca que lechuga, sirviéndole después una pechuga.

Una pechuga de perdiz ó pato; de pato, ¿lo entendéis? fresca y hermosa; y dejando los huesos en el plato, se limpiaba el hocico y otra cosa todo con santa fe, dulce recato, en plática cristiana y muy sabrosa, tan sabrosa que el fraile se lamía en tanto que á Dios padre bendecía.

Aquel tiempo en que diez sólo eran nueve porque el mío era el otro del convento, y el pan era más blanco que la nieve, y estaba de otro modo el firmamento, y en las pérdidas se estilaba *preve*, y un almuerzo de huevos era un ciento, y un marrano pesaba seis quintales y un fraile seis y medio muy cabales.

Aquel tiempo de misas y de ofrendas en que viejas y jóvenes y ancianos besaban nuestras manos reverendas y limpiaban la boca en nuestras manos. ¡Oh *tèmpora*, oh costumbres, dulces prendas; ¡ya no hay fe religiosa, no hay cristianos, y por no haber ni aun vi^{jas} de esas ch^{cas} que nos daban castañas aunque pochas!

Es preciso ayudar á Carlos siete, aunque sea, cual dicen, un jumento; en metiéndole á él, luego nos mete de patas como antaño en un convento. La luz, la libertad nos compromete; la noche es nuestro bien; nuestro elemento. ¡Hijos de las tinieblas, puñalada y viva la custodia consagrada!

El Perdón.

8 Febrero 1874.

CONTRASTES

—¿Qué es el hombre?
—Un ser sensible y razonable.
—¿Qué debe hacer como sensible y razonable?
—Buscar el placer, evitar el dolor.
—¿Quiénes son los que aman bien?
—Los que no separan su felicidad de la de otros hombres. Seas joven ó viejo, rico ó pobre, débil, ignorante ó ilustrado, como mortal debes á todos los mortales ser justo. Rico, tus riquezas son en tus manos el tributo de un pobre; ábrele su tesoro; pobre, no des más que débiles socorros al desgraciado, pero ve á consolarle en su trabajo y fortalece la esperanza en su alma. Si sorprendes un secreto, que es propiedad de otro, respeta su propiedad. Si se te confía un secreto, es un depósito: no violes ese depósito.

Toma la costumbre de hacer y de decir lo que pueda unir á los hombres entre sí.

Hazte amar, para que se ame en tu boca la justicia y la verdad.

Tendrás un enemigo en tanto no hayas perdonado.

Redobla tus atenciones hacia el hombre á quien hayas obligado, y tu amor hacia el que te obliga.

Sirve al hombre á quien no puedas amar.—SAINT LAMBERT, filósofo materialista.

«Los buenos y los malos pueden hacer lo mismo, pero con designios diferentes. Por justa serenidad y por amor, los buenos deben perseguir á los malos.»

«La fe debe preceder á la inteligencia.»

«La autoridad política debe intervenir contra los herejes.»

«La Escritura Santa es la autoridad absoluta, no solamente en asuntos de fe sino también en los de ciencia.»

«Las virtudes de los paganos no son sino vicios brillantes.»

«Los herejes deben ser forzados á volver á la Iglesia.»

«Por derecho divino todo es de los fieles, y los infieles no poseen nada legítimamente.»—SAN AGUSTIN, *doctor de la Iglesia*.

ARTÍCULOS FIAMBRES

El manto del silencio

No es que los frailes sean una excepción por lo viciosos y malvados; es que siempre han tenido quien haga públicas sus faltas. El vulgo, que se va siempre con los que halag n sus pasiones y nunca discierne, archiva en su memoria esas faltas, y más cuando se las refieren personas que les inspiran cariño, respeto ó veneración.

Solo así se explica que yo recuerde á cada paso estas atricciones que escribió el sacerdote D. J. aquí Lorenzo Villanueva acerca de las costumbres de los frailes de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, como si en los siglos anteriores no hubieran sido las mismas.

«Citaré únicamente, dice, los casos de mi tiempo, que son los que pertenecen á la presente historia, así por haber dado yo dictamen en ageno de ellos, como por el influjo que tuvieron en que las Cortes de 1820 se vieran obligados á abolir el fuero eclesiástico.

Uno de ellos fué el asesinato que en el pórtico de la iglesia de Sanlúcar de Barrameda cometió un fraile carmelita descalzo en la persona de una infeliz doncella, que resistía virtuosamente sus torpes solicitudes. No hubo quien dudase de que él era el perpetrador de aquel crimen, del cual estaba convicto y confeso; mas á pesar de ello quedó impune, porque fueron tales las dificultades que promediaron en razón del fuero y de la intervención de la autoridad secular, que al cabo no se le impuso sino un simple destierro á Puerto Rico.

«Poco tiempo después, los religiosos dominicos del convento de Llerena asesinaron á su superior, tal vez, como á una persona muy respetable, porque quería reducirlos á la observancia de sus más esenciales obligaciones. Cometieron este asesinato tan á sangre fría, que los mismos asesinos, autores de él, fingiendo que había muerto de un accidente, celebraron en el siguiente día sus exequias, y uno de ellos cantó la misa del oficio. ¿Y qué fin tuvo aquel proceso? Iguales recursos, iguales embrollos, iguales empeños sirvieron de embarazo á la recta administración de justicia.

Otro tanto sucedió en un horrib'e asesinato cometido más adelante por un capuchino. Era este religioso natural de un pueblo del distrito de la chancillería de Valladolid.

Vivía amancebado con una mujer casada, y de acuerdo con ella, dió muerte al marido en su mismo lecho, y luego sacó su cadáver al campo. Comenzó el juez real á conocer de este crimen en unión con el eclesiástico, único remedio que se había inventado para prevenir estos males, al ca-

bo de treinta años que andaba rodando por los tribunales el expediente sobre el modo de conocer en los delitos atroces de los clérigos. Permaneció este clérigo en las cárceles de Valladolid, hasta que en 1808, entrados en aquella ciudad los franceses, le dieron libertad y se asoció con ellos.»

Todo eso, y más que no copio, es cierto indudablemente: un sacerdote sablo y bueno como Villanueva, no iba á inventar tales hechos, de los que además se ocuparon otros autores al ocurrir. ¿Pero que se adelanta con hacerlos públicos? ¿Por qué no concederles la misericordia del silencio? De haberse tenido esta precaución, no habrían sido eliminados el año 35 aquellas tres ó cuatro docenas de santos varones en Madrid, ni andarían ahora tantos energúmenos gritando á cada paso: «¡que se repita, que se repita!»

Hay que tener en cuenta que los frailes no son ángeles, si no hombres, y que cada uno vale por una docena cuando dice «¡allá voy!» en lo de deshacer doncellas y enviar prójimos al cielo. Los que se alborotan y se indignan, harían igual que ellos si se viesen fuertes, bien alimentados, embutidos en un hábito de fraile y contando con el apoyo de las autoridades y de todos los católicos ahabiles.

1897

La bandera de regimiento

«¡Qué lástima de hombre! Con sus treinta años y su arrogante figura, andar apoyado en dos muletas! Pena da verle avanzar trabajosamente hasta colocarse en el banco de piedra que hay á la salida del pueblo.

Sentado, podría servir de modelo para representar la belleza varonil. Frente alta, ojos grandes, nariz correcta, pecho levantado, espaldas de atleta... El escultor que lograra reproducir aquel conjunto, haría una obra maestra.

Va á ponerse el sol, y los pájaros lo despiden cantando en las ramas de los árboles que pronto cubrirán con sus hojas el nido de sus amores. Las violetas y la flor del almendro, mezclando sus aromas al de esas florecillas que viven un día, anuncian la proximidad de la primavera.

A poco de haberse ocultado el sol tras una pequeña colina, el inválido se levanta, coge sus muletas, y precedido del perro que lo acompaña, se dispone á entrar en la población.

Un rumor lejano que llega á su oído le detiene, haciéndole mirar al sitio de donde parte, y ve elevarse una pequeña nube de polvo que se extiende al par que el rumor se acentúa.

Como está en una hondonada, no alcanza á ver los que vienen por el camino, y va á dar unos pasos en aquella dirección cuando oye el sonido agudo de una corneta.

Al oírlo se estremece, palidece, y detiene con una voz al perro, que trata de salir al encuentro de los que se aproximan.

En esto ve asomar unos bultos en lo alto del cerro y ¡oh sorpresa!, son soldados, y soldados que llevan el mismo uniforme del regimiento á que él perteneció.

«Si serán ellos, sus compañeros, sus amigos... ¿Los que le vieron siempre esclavo de su deber, los que le respetaron por digno, los que le aclamaron por valiente?»

Ellos deben ser, sí. Pero ¡ah! que pasan y ninguno le reconoce. ¡Qué angustia! ¡No, no son ellos! Ni el que va al frente es su antiguo coronel, ni los oficiales son sus camaradas, ni reconoce á ningún soldado...

«¡Cuánta alegría si fuera lo contrario! Saludar á los unos, estrechar entre sus brazos á los otros, hablar con todos de sus campañas, allí, en aquel pueblo retirado...

Va á dejarse caer desanimado en el banco de piedra, cuando repara en la bandera del cuerpo, y ¡oh deslumbramiento! es la misma, la que él siguió, la que vió su heroísmo... La mancha oscura que tiene en el fondo, es de su sangre, vertida al caer abrazado á ella en el campo de batalla.

Y siente el escalofrío del entusiasmo, y en un segundo reproduce en su imaginación esta escena:

«Comienza el combate, y su regimiento recibe la orden de tomar una altura ocupada por el enemigo. ¡Adelante los valientes! Y avanzan en medio de una mortífera lluvia de fuego. De pronto, y desde una trinchera que los accidentados del terreno ocultaban, reciben millares de balas que diezman sus filas, sin hacerles retroceder. Cae el jefe, sucumben varios oficiales, el abanderado entre ellos y los soldados vacilan al ver la enseña gloriosa por los suelos. ¡Qué deshonor y qué vergüenza si cayese en poder del enemigo!

En esto un oficial joven, casi un niño, él, saltando por encima de los heridos y pisando cadáveres, se adelanta, alza del suelo la bandera y la tremola, dirigiéndose valerosamente á la trinchera... Los soldados recobran ánimo y le siguen... Se lucha cuerpo á cuerpo, y la carnicería es espantosa. Las sombras de la noche cubren aquel cuadro de horrores, é impiden apreciar las muchas pérdidas que el regimiento ha sufrido, pero el enemigo ha abandonado el campo; se ha salvado el honor...

Al amanecer del día siguiente, y al buscar los heridos, encontraron á un oficial casi exánime envuelto en los pliegues de la bandera, con dos balazos en el pecho y la pierna izquierda destrozada. Era él. Hicieronle la primera cura en la ambulancia y lo condujeron inmediatamente al hospital cercano, por lo cual no supo hasta mucho tiempo después que su nombre había sido citado en la orden del día. A los seis meses, y sin ver á sus compañeros, que estaban entonces muy lejos de allí, pudo dejar el hospital apoyado en dos muletas, y retirarse al pueblo que le vió nacer.

Aquí llegaba, cuando corta el hilo de sus recuerdos la vista de la bandera que en aquel instante pasa frente á él, y la música, que toca una marcha guerrera.

Liévase la mano á la gorra, se descubre respetuosamente, y haciendo esfuerzos sobrehumanos, consigue entrar á la vez que la tropa en la plaza del pueblo.

Los oficiales del regimiento, aunque nuevos en él, saben por tradición la historia del inválido, y al presentarse éste en el cuerpo de guardia pidiéndoles tímidamente el favor de pasar la noche entre ellos, alegando los méritos expuestos, le acogen entusiasmados y se enorgullecen de fraternizar con tan bravo camarada.

Y cuéntase que, cuando el cansancio y el sueño lo rindieron, el inválido, después de cerciorarse que nadie le vela, se acercó varias veces á la bandera temblando de emoción, y la besó sollozando; y también que al día siguiente, cuando el regimiento dejó el pueblo, sintió oprimírsele el pecho con tanta fuerza como aquella tarde triste

en que se llevaron al cementerio el cadáver de la anciana que le había dado el ser 1976.

Un pobre diablo hambriento y andrajoso se presenta en el Vaticano pidiendo una limosna. Lo recibe un monseñor rechoncho y se entera de su petición.

—Aspetta, caro, le contesta, y desaparece.

Vuelve al poco rato, y entrega al infeliz un papel.

—¿Qué es esto?—pregunta el pordiosero.

—Una dispensa que el Santo Padre me ha mandado entregarle: merced a ella no tendrá usted que ayunar ni hacer vigilia en los días de precepto.

PENSAMIENTOS

Tiempo hace ya que he renunciado a buscar en este mundo una maravilla más interesante y más hermosa que la verdad, o cuando menos que el esfuerzo del hombre por conocerla. No malgastemos fuerzas tratando de descubrir la grandeza de la vida en las cosas inciertas. Todas las cosas muy ciertas son mucho más grandes, y no hemos concluido todavía de dar la vuelta alrededor de ninguna de ellas.

Llegará el día en que el prejuicio que albergamos respecto a la muerte nos parecerá bárbaro. Sus raíces se afirman en los terrores inconfesados que en el corazón nos han dejado religiones que están ya muertas en la razón de los hombres.

Mirada desde lo alto, la carne que se descompone no es más repugnante que una flor que se marchita o que una piedra que se convierte en polvo.

MAETERLINCH

INDISCRECIÓN CASTIGADA

Un venerable canónigo viaja en un tren de ferrocarril en un confortable compartimiento de 1.ª clase para señoras solas, en el que tiene perfecta cabida por su indumentaria y su respetabilidad. En el mismo compartimiento va una señora bien parecida aunque ya entrada en años, que oscilarán entre los 35 ó los 55, aunque ella misma no lo recuerda bien.

El canónigo, brillante y fecundo orador de la catedral de X, es un *causeur* sempiterno, algo curioso y un poco ingenuo. Pronto siente comeción de dialogar con la vecina.

—Señora, usted debe ser casada, y seguramente tendrá hijos.

—Es verdad, reverendo padre; tengo uno.

—¿Uno? Que Dios se lo proteja. Y dígame, señora: ¿fuma su hijo?

—Hasta hoy no sabe lo que es ni un cigarro ni una pipa.

—Muy bien. El tabaco hace daño. ¿Y va mucho al café?

—Nunca ha puesto los pies en ninguno.

—Permítame, señora, que la felicite. La frecuentación de los cafés es perniciosa para la salud y para la moral. ¿Y dígame usted, trauchocha mucho? ¿No será de los que vuelven a su casa en la madrugada, después de excesos indisculpables?

—No, señor. Tan pronto cena, ya está en la cama.

—¿Y cumple bien sus deberes religiosos? ¿Frecuenta la casa de Dios?

—¿Cómo no? Cuantas veces voy al templo, él viene conmigo.

—¿Y cómo se conduce en la santa casa?

—Como un santo; jamás ha dado nada que decir.

—Pues, señora, el suyo es un modelo de hijos, de esos que empiezan a ser ejemplares raros en estos tiempos de descreimiento y de materialismo. ¿Y qué edad tiene ese joven tan bien educado, señora?

—Mañana cumple cinco meses.

—¡.....!

Causa y efecto

Un fraile panzudo de los que, como es sabido, pululan por las aldeas, anda cierto día haciendo colecta de provisiones y limosnas para no romper la costumbre santa de vivir del sudor del prójimo.

Encuentra un campesino un poco duro para desprenderse de algo de sus pobres recursos, y tiene que perorar largo rato. Al fin lo convence con este irrefutable argumento:

«Todo en el mundo está sujeto a un orden admirable establecido por el Creador. Observa, por ejemplo, cómo en esta preciosa campiña los labradores aran, siembran, siembran, y venimos nosotros luego y cosechamos. ¡Y así todos vivimos en santa paz!»

El campesino queda convencido, le entrega al buen fraile el jamón más grande que tiene en su bodega, y de este modo queda una vez más confirmada la frase aquella de que mientras haya un bruto habrá un cura. O un fraile.

La ignorancia es causa: el clérigo efecto.

Cosas de chicos

Antoñito es repartidor de pan.

Un domingo de mañana, mientras cumple su tarea a la puerta de la casa de un sacerdote, oye en una habitación contigua una tremenda pelotera entre él y su criada. Los términos son muy vivos.

Antoñito es de familia católica, y los domingos por la tarde asiste a la clase de catecismo en la sacristía de la parroquia. Su maestro de doctrina es precisamente el sacerdote en cuestión.

El chico, listo y vivaracho, es a veces

indisciplinado é impertinente. El domingo aquel lo fué en grado superlativo.

Estaba el maestro explicando el dogma de la resurrección de los muertos, cuando Antoñito, a boca de jarro, lo interpela así:

—Dígame, padre cura; ¿por qué lo llaman a usted reverendo?

—Porque por nuestra dignidad, y como ministros de Dios, se nos debe un respeto especial por nuestras virtudes, contesta el sacerdote.

—Entonces ¿cómo es que esta mañana la sirviente de usted le estaba gritando: «¡Pedazo de atún, sinvergüenza!... Si otra vez le vuelves a apretar la cintura a esa señorita indecente que viene aquí a confesarse los sábados al oscurecer, te voy a arrancar una oreja, y le voy luego a contar todo al obispo; ¡infel, desagradecido!»?

Ante aquella inesperada interrogación, el pobre sacerdote se queda mudo como un pescado.

Desde el día siguiente se surtió de pan en otra panadería.

Bibliografía

Dos nuevos volúmenes originales, y publicados en su Colección de Libros Populares a peseta el tomo, nos remiten los editores valencianos Sres. F. Sempere y Compañía.

Oro sangriento, del Dr. H. Madinaveitia, es un estudio psicológico de la llamada fiesta nacional, la cual está tratada bajo sus múltiples aspectos.

El libro está publicado con verdadero lujo, y la cubierta es una preciosa tricomía.

Notas de una madre, por Agustín G. Ferro.

Estudio acabadísimo de la vida humana, en que el autor evidencia que el cariño y la gafa de una madre ilustrada son el principal factor para la formación del carácter del niño, y al efecto da atinados consejos y expone reglas de educación llenas de gran sentido ético.

Espejo moral de clérigos

para que los malos se espanten y los buenos perseveren, O SEA

RECOPILACION ESCOGIDA DE LOS CÉLEBRES Y ODORÍFICOS Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN "EL MOTÍN"

POR

José Nakens

Mi paso por la Cárcel

(2.ª edición)

Precio: DOS pesetas.

Los peregrinos

POR

ROBERTO ROBERT

(Conclusión)

«Si á alguno pareciese que en esta in-
vectiva contra los peregrinos hemos ex-
cedido de lo justo, le pondremos delante
la sentencia del gravísimo autor *De imi-
tatione Christi*: «Los que peregrinan mu-
cho, rara vez se ponen en estado de gra-
cia.» *Qui multum peregrinantur, raro
sanctificantur.*»

Y no sólo habla con tanto elogio co-
mo nosotros de las peregrinaciones, ex-
ceptuando discretamente lo que excep-
tuar debía, sino que trata también de las
devotas romerías de su época, diciendo al
comenzar:

«Con horror entra la pluma en esta
materia...»

«Coloquios desenvueltos de uno á otro
sexo, rencillas y borracheras, son el prin-
cipio, medio y fin de las romerías...»

«Allí nacen deseos que después pasan
á ejecuciones. Todas las circunstancias
conspiran á hermosear el objeto y á avi-
var el apetito...»

«En las conversaciones, pretextando el
regocijo, se pasa la raya de la decencia...»

«A la sombra del bullicio, crece en un
sexo el atrevimiento y en otro la confian-
za. Oculta después la noche las conse-
cuencias del día, y no pocas veces descu-
bre el discurso de muchos días lo mismo
que ocultó aquella noche...»

«¿Qué son sino estiércol, inmundicia,
abominación, eso que se llama solemnidad,
fiesta, romería? ¿Qué son sino tor-
pes cultos al ídolo de Venus, en vez de
devotos obsequios á Dios y á sus san-
tos?»

«Y al fin, este estiércol ¡á cuántas des-
dichadas las sale á la cara pasados algu-
nos meses!»

Pero, ahora que caigo en ello, ¿qué tie-
nen que ver las romerías del siglo pasado
con las peregrinaciones de los buenos
tiempos?

Ya siento haberme extendido tanto en
ellas.

Creo que debe de haber corrido mi
pluma sólo en vista de la casualidad de
que las romerías de 1730 produjeran la
mismísima disolución que algunas pere-
grinaciones de 1022 y disolución igual á
aquella que llevaban á Italia y á las Ga-
lias las peregrinas disolutas y á las co-
rrumpidas costumbres de que se lamenta
Guillermo, obispo de Tiro.

Porque choca el ver todas estas cosas,
que son meras casualidades, reproducirse
en épocas que todas fueron excelentes,
admirables, perfectas y cristianísimas, y
en otras que, como en el siglo pasado y
el presente y el antepenúltimo, puepen

llamarse de anarquía, de impiedad, de
materialismo y de demagogía.

Por lo demás, ¿cómo no habían de in-
tervenir peregrinos en las leyendas si tan-
to intervinieron en la vida real?

¿Cómo no habían de ser protagonistas
de narraciones, así piadosas como heroí-
cas, si entre ellos hubo tantos señores y
príncipes?

¿No había sido honrada la esclavina
por el mismo rey Luis de Francia el San-
to, que emprendiera la conquista del se-
pulcro de Cristo en hábito de peregrino,
llevando consigo á sus hermanos Rober-
to, Alfonso y Carlos, á Pedro Dreux, Hu-
go de Lusignan y Juan de Joinville, á su
esposa la reina Margarita de Provenza y
á la condesa de Poitiers su cuñada?

¿Qué celc, qué abnegación la del rey!
¿Cuán digno de la victoria se hizo!

«Aquel santo empeño de San Luis, no
produjo ningún resultado útil», dice el
historiador católico Gaillardin; pero eso
no quita su belleza y su gloria á las pere-
grinaciones cristianas, ni que en aquella
época todo fuese amor y buena armonía
entre los cristianos.

Lo cierto es que aquel ejército de pe-
regrinos ganó á Damietta, y que entonces
«las discordias y la relajación de costum-
bres se introdujeron entre ellos»; pero es-
te leve accidente ni siquiera habría ocu-
rido á no haber sido necesario esperar
á D. Alfonso, hermano del rey, que man-
daba el cuerpo de reserva.

Y aun más pronto habría llegado el
rey peregrino á Egipto, si no hubiera
tenido que sosegar á los cristianos de Pa-
lestina, que por una rara excepción tam-
bién, combatían unos contra otros.

Los peregrinos recibieron suficientes
pruebas de la especial predilección del
cielo.

En el sitio de Antioquía, sorprendidos
por los turcos, fueron arrojados por me-
dio de máquinas de guerra en medio del
ejército cristiano, en donde caían que-
brantándose los huesos: no lo niego; pe-
ro otras veces tenían mejor suerte, que
no todo habían de ser milagros y favores
celestiales.

Jerusalén se vió privada algún tiempo
de las visitas de los peregrinos.

La dominación de Omar no fué suave,
y durante el poderío de éste, el adorar el
santo sepulcro costaba tan caro que no
valía la pena; pero entró en la Ciudad
Santa Godofredo en 1099, y después de
una de las más gloriosas degollaciones de
que hay memoria entre cristianos, se
echaron las campanas á vuelo, se rezó á
grito herido, hallaron eco los rezos en
Antioquía, Siria, Cilicia, Edesa y Capa-
docia, y volvieron á aparecer los peregrinos
en la ciudad mística.

Pero ¡cuán cierto es que el nimio aná-
lisis es el mayor enemigo de la felicidad!

A él apela todo impío con el fin de
deslucir las tradicionales glorias, y por
eso citan que poco antes de la toma de
Nicea, los peregrinos, por supuesto plebe-
yos en su mayor parte, se sublevaron con-
tra los cristianos jefes, que eran señores.
Preválense para exagerar ese hecho aisla-
do, de la relación del obispo de Tiro,
que dice: «A tanto llegó la cólera de
aquellos (los peregrinos), que tomaron
armas con que ofender á los caballeros,
y éstos se quitaron de en medio hasta que
vieron su furor aplacado.»

¿Qué vale esta leve y otras leves man-
chas en medio de tanta gloria?

A no ser por los peregrinos ¿cómo ha-
bría Víctor Hugo sacado tanto partido de
su trágico *Hernani*?

¿Ni cómo D. Juan Eugenio Hartzen-
busch habría concebido aquella lindísima
escena en que el poeta Verdolaga roba al
boticario Nicodemus su pupila?

Es verdad que después de la toma de
Nicea, los peregrinos volvieron á amotinarse
contra sus jefes porque querían que
se les diera mayor parte del saqueo; pero
eso mismo prueba que los peregrinos
eran muchos relativamente. Estos eran
600.000 y los caballeros 100.000. Si no
hubiese habido tanta fe religiosa, no ha-
bría habido tantos peregrinos, y si éstos
hubiesen sido pocos, es evidente que no
habrían causado conflicto alguno con sus
exigencias. Esto es tan claro que lo en-
tiende un niño.

Dígase lo que se quiera, nadie podrá
negar que Enrique II, el presunto asesino
de Santo Tomás de Cantorbery, visi-
tó el santo sepulcro en traje de peniten-
te y se dejó azotar con muchísimo aquel,
y le vino muy ancho.

Dígase lo que se quiera, ningún hom-
bre dotado de razón católica verá más
que abnegación, heroísmo, desprendi-
miento, autoridad y grandeza en aquellos
tiempos, y muy especialmente en los pe-
regrinos.

Después de la primera cruzada, nueve
caballeros cristianos fundaron una her-
mandad militar, no sólo para combatir á
los infieles, sino para defender á los pere-
grinos. Aquellos nueve caballeros dieron
origen á la benéfica orden del Temple,
que acabó acusada de usurpadora, de so-
domítica, y...

Pero esto no es del caso: esto es bueno
para murmuraciones de impíos, y además
no pertenece á este capítulo.

Cuando Luis el Joven hubo atravesado
la antigua Frigia en 1148, los cristianos
de Atalia no quisieron darle entrada; pero
al ver la actitud hostil de su gente le
abrieron las puertas y le facilitaron em-
barcaciones.

A pesar de que entonces todo era cari-
dad, como Luis dejó en Atalia dos nume-

rosos grupos de peregrinos, entregó al erl no gobernador cincuenta marcos de plata para que cuidase de ellos.

Pero estos infelices, a in cuando contaban con el auxilio de Dios y con los cincuenta marcos de plata, fueron vendidos por los cristianos de Arelia, que no eran peregrinos; fueron echados de la ciudad, fueron degollados por los turcos, y... nada más fueron.

Véase cómo aquí los peregrinos perecieron víctimas de la fe ó de la infidelidad, como se quiera; dígame algún impio que al fin los felones y traidores fueron también cristianos; pero yo no contestaré; ahora hablamos de peregrinos y nada más.

¿Pues qué, si habláramos de los que los vendieron, siendo cristianos, me habla de faltar á mí un argumento con que disculparles?

Y si no lo encontrase, diría aquello de «los inexcrutables designios del Señor», y en paz.

¡No que no!

Si en 1229 el arzobispo de Cesarea, poniendo á Jerusalén en entredicho prohibió su entrada á los peregrinos, fué porque en vez de derramar su sangre y la ajena en la conquista de la Ciudad Santa, el impio Federico II la habla obtenido por medio de un tratado, que además devolvía al poder de los cristianos Belén y todas las poblaciones comprendidas entre Jafa y Tolemaida; pero en cambio consentía que quedase en pie la mezquita de Omar.

—¡Cómol—le dijo el arzobispo—; con que todos esos peregrinos se hubiesen dejado matar por amor de Dios, teníamos á Jerusalén sin mezquita, y ahora ellos por melindre hacen sufrir á la Iglesia la vergüenza de conservar ese monumento de los infieles.

Y en castigo les prohibió ver mezquita y Jerusalén.

Verdad es que después nos quedamos sin lo uno ni lo otro; pero ni esta es la cuestión, ni lo habla de adivinar todo un arzobispo solo.

¡Cuando uno piensa que el cristiano pueblo de Roma, en momentos de distracción inexplicable, llegó á arrebatar á los peregrinos el producto de las ofrendas...

Corramos un velo sobre aquellas imprevistas incautaciones, que sólo deberían haberse verificado en estos tiempos de ateísmo y corrupción universal, y ocurrieron en los siglos felices, suscitados por demócratas prematuros que anticiparon la hora de su nacimiento, con el bastardo propósito de deslucir la historia de la piedad católica.

De esa piedad podríamos haber citado numerosos ejemplos; pero por muy pro-

lijos que fuéramos, no podríamos dar idea ni aun aproximada de las peregrinas glorias de los peregrinos.

Un diácono de Spoleto, que sin querer habla dado muerte á su hermano, peregrinó á Jerusalén y anduvo con una gruesa cadena de hierro pasada alrededor del cuello y de los brazos, haciendo penitencia.

Un noble de Benavente que, engañado por la pasión de la ira habla dado muerte á un príncipe, peregrinó á los mismos Santos Lugares, llevando en la boca una piedra muy grande, y sólo para comer le era permitido quitársela.

Cierto noble de Camazzo, que fundó en 1030 el monasterio de San Víctor en el Subigiano, dice:

«Habiendo incurrido en un pecado enorme traté de expiarlo peregrinando á Ultramar; pero habiéndome confesado antes con el Pontífice, me dijo este que mi pecado requería mayor penitencia; que peregrinase tres veces al Santo Sepulcro y visitase cien santuarios con los pies descalzos, sin caballo, sin bastón, sin acercarme nunca á mi esposa, sin comer carne y sin pasar nunca la noche donde hubiese pasado el día. No sintiéndome con fuerzas bastantes para sobrellevar tamaña penitencia, me arrojé á los pies del Pontífice suplicándole que no fuese conmigo tan severo, y movido él de mis ruegos, me mandó fundar este monasterio y dotarle con el diezmo de todos mis bienes, como así lo hice.»

Pero, lo repetimos, ni por mucho que añadiéramos podríamos dar idea aproximada de la excelencia de las peregrinaciones, ni conviene mencionar muchas de las que fueron impuestas en penitencia de pecados, para no dar ocasión ni pretexto á que el vulgo sospeche que entonces se pecaba más de lo regular.

Se pecaba, sí, pero razonablemente, con cierto no sé qué, de un modo tal, que considera lo con ojos piadosos desde el siglo XIX, aquel pecar de entonces, con el color amarillento que los años le han dado, con la vaguedad que la distancia le comunica, con el inocente y espontáneo lenguaje de las crónicas que nos ponen en comunicación espiritual con lo remoto, se nos presenta, no diré embellecido, pero sí atenuado, modificado, de suerte que en momentos de sensualidad estética llega á parecernos un mero arcanismo el pecar á la antigua.

Dijemos, empero, á los peregrinos recorrer santamente el mundo en cumplimiento de votos ó en expiación de culpas.

Acaso en el curso de nuestra narración nos encontremos alguno que otro enlazado por sus hechos con los sucesos que han de ser asunto de estas páginas.

Compárelos el discreto lector con la gente que hoy suele ocupar los wagones de las vías férreas, y exclamará con nosotros:

¡Qué prosa la de nuestros días! ¡Qué tiempos aquellos!

La celda núm. 7

Precio: DOS pesetas

¡LIBERTAD Y A ELLOS!

DOS PUNTAS
JOSÉ NAKENS

Poesías festivas anticlericales

de
renombrados autores
PRECIO: UNA PESETA

El P. Miguel Mir

SAN IGNACIO DE LOYOLA
Estudio histórico-crítico
de S. Pey Ordeix.
Un tomo de 206 páginas,
UNA peseta.

Dios ante el sentido común

Por el cura Juan Meslier
Precio: UNA PESETA

Almanaque del carlismo

para los años 1913 á 1999,
POR "EL MOTIN"
Dedicado al obispo de Barcelona
DON JUAN LAGUARDA
ILUSTRADO CON 18 GRABADOS
Precio: UNA peseta.

El Esperanto AL ALCANCE DE TODOS por

Julio Mangada Rosenorn
Sencillo método para aprender el idioma auxiliar internacional, cuyo progreso es cada vez mayor por su extremada facilidad y los grandes beneficios que reporta.

3 reales ejemplar, de los que uno quedará á beneficio de La Cruz Roja Republicana y otro para los corresponsales. De venta en esta Administración.

LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODOS
Una peseta.

IMPRENTA: LIBERTAD, 31.—MADRID